

SERVICIO
SECRETO

SS

DADLE CAVIAR AL TIGRE

Silver Kane



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



**SERVICIO
SECRETO**



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 — El *sheriff* y las viejecitas.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.492 — Un ataúd para mí solo.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
736. — Infierno: capital, Dodge City.
- En Colección KANSAS:
665 — Un buitre llamado Cox.
- En Colección BUFALO SERIE ROJA:
1.014. — Demasiadas faldas en Wichita.
- En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.
- En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.
- En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.
- En Colección PUNTO ROJO:
882 — Asesino por un día.
- En Colección HEROES DE LA PRADERA:
483 — Hermano apache.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
76 — Mariposas negras.
- En Colección BUFALO SERIE AZUL:
15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.
- En Colección BRAVO OESTE:
951 — Todas las balas de Texas.
- En Colección LA HUELLA:
80 — Manchas de sangre en los ojos.

SILVER KANE

DADLE CAVIAR AL TIGRE

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.495
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN 84-02-02513-7

Deposito legal: B. 6.106 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1979

© Silver Kane - 1979

texto

© Salvador Faba - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152. Km 21,650) Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Usted podría adivinar de qué ha muerto? —preguntó Marlon.

El cadáver flotaba entre dos aguas, recibiendo ya en la cara los rayos del sol. A poca distancia estaban los yates más elegantes del mundo, esos yates que uno encuentra en Galveston, en Cayo Hueso, en Abidjan, en Montecarlo y en Portofino. Yates de dinero, de mujeres bonitas, de *whisky* caro y de cubiertas bañadas por el sol. Pero el cadáver que resbalaba entre ellos tenía, quizá por eso, una viscosidad siniestra.

El bichero lo había enganchado por el cuello de la camisa, arrastrándolo poco a poco hacia la lancha de la policía. A las cubiertas de los yates de lujo se habían asomado algunos tíos gordos, que miraban con curiosidad la escena. También alguna chica en «bikini» e incluso una, sin nada. Una que mostraba todo el vello púbico a medio arreglar, pues seguramente estaba en manos del peluquero cuando le avisaron de que un muerto flotaba en las aguas.

—Es imposible decirlo ahora —gruñó el teniente Harrison—, pero seguramente estaba borracho y cayó al agua. Mira. Va completamente vestido.

Marlon lo miró. Ya lo tenían casi junto a la lancha. La cara estaba violácea, y algunos peces audaces de los que se metían en el fondo del puerto lo habían mordido. Dentro de pocas horas, aquella cara causaría angustia.

—Oscar no bebía nunca —dijo Marlon—. Le conocía muy bien. Si ha caído al agua, ha sido por otra razón.

Harrison se encogió de hombros. Sus hombres tiraron del bichero para izar al muerto. En verano solían encontrar tantos «fiambres» en el puerto de Galveston, que ya no daba al asunto demasiada importancia. En todo caso, sería el forense quién determinaría las causas de la muerte y luego... En fin, una tumba

en cualquier ciudad tejana, y más tarde, el olvido. ¿Para qué más?

Uno de sus hombres se acercó a él.

—Yo di un parte anoche, teniente —dijo—. Me pareció ver que un hombre se lanzaba al agua, en esta zona.

—¿Podría ser éste?

—Tal vez.

Marlon meneó la cabeza.

—Claro que tenía que ser él —dijo, pensando en voz alta—. Nadie hubiese tenido fuerza suficiente para arrojarle contra su voluntad. Era un campeón. Si se lanzó al agua, fue por una razón muy poderosa. Quiso ver algo que había aquí cerca. No sé...

—Pues tuvo que ser algo muy importante, para lanzarse vestido —murmuró Harrison—. De todos modos, no vale la pena preocuparse ahora, Marlon. Pudo ser un simple corte de digestión. A lo mejor se lanzó para salvar a alguien, después de haber comido. En la Morgue lo determinarán.

La Morgue estaba en Houston, a poca distancia, en un edificio cuadrado, anexo al Centro Médico que ha dado tanta fama a la ciudad. La sensación de frío era casi brutal allí dentro. Durante la noche, los empleados se movían como fantasmas a través del silencio. El ruido de las ruedas de una camilla, llevando un muerto encima, parecía un estruendo, y fue a través del silencio como avanzó el doctor Morgan, que era el jefe del turno de noche. Miró de soslayo a Marlon.

—Bueno, ya hemos hecho la autopsia —dijo—. Los resultados están claros.

Marlon, el sucio detective que trabajaba en toda aquella zona del Caribe, el puerco espín al que conocían en todos los bares, todos los garitos y todos los prostíbulos del Golfo de México, apretó los poderosos puños. Cosa extraña en él, sentía ansiedad, quizá porque el muerto había sido un gran amigo suyo. No parecía, ni de lejos, el hombre impasible que fue siempre.

—¿Alguien lo arrojó al agua? —preguntó.

—No. No había señales de lucha. Está claro que se lanzó voluntariamente.

—Entonces, ¿un corte de digestión?

—Tampoco. En el estómago no había alimentos.

—¿Pues entonces qué diablos?... Jim era un campeón. Nadaba

endiabladamente bien...

—Un ataque cardíaco —dijo el forense—. No hay ninguna duda de eso. Olvídense de cualquier misterio en la muerte de Jim, ¿sabe? Un ataque cardíaco lo puede tener cualquiera. Usted... Yo...

Y el médico chascó los dedos, mientras añadía:

—Eso puede causarlo cualquier cosa, aunque uno tenga una salud de hierro. Por ejemplo...

—¿Por ejemplo qué?... —preguntó Marlon, con voz metálica.

El médico dijo, sin mirarle:

—Por ejemplo, ver algo horrible. Tener una convulsión, causada por el miedo...

Dio media vuelta y se alejó otra vez, como un fantasma.

No era un hombre. Aquello era un gorila.

Incapaz de pronunciar más que gruñidos incoherentes, aquella especie de bestia inmensa atravesó el rastrillo principal de la prisión de

Sing-Sing.

Medio arrastrado por cuatro guardias, sus ojos enloquecidos miraban a todas partes, con una expresión de rabiosa fiebre. Cada convulsión de su cuerpo, con ciento veinte kilos de hueso y músculo, hacía que los guardias se estremeciesen. Uno de ellos le tuvo que golpear con una barra de hierro en la cabeza para lograr dominarlo por completo.

El abogado, un hombrecillo nervioso, que iba detrás del grupo, chilló:

—¡Les denunciaré ante el fiscal del Distrito! ¡Eso es ilegal!

—¡Entonces, transporte usted a esta bestia! —barbotó uno de los guardias—. ¡O deje que se muera de una vez!

—¡No tienen derecho! ¡Lo condenaron a reclusión perpetua, y ustedes son responsables de su vida! ¡Si sufre el menor daño, lo pagarán! ¡Juro que lo pagarán!

Los guardianes de
Sing-Sing

no hicieron caso. De todos modos, gracias al golpe propinado en la cabeza, ya tenían dominada a aquella especie de bestia inmundada. Porque no podía decirse que fuera un ser humano lo que arrastraban hacia la puerta.

Habían tenido que hacerle un uniforme especial de presidiario.

Sus músculos eran los más poderosos de
Sing-Sing.

Podía partir en dos la columna vertebral de un hombre, con sólo un leve abrazo.

Puesto en un «*ring*» de lucha libre, pudo haber causado sensación en los Estados Unidos, pero no se puede llevar a un «*ring*» a un deficiente mental. Ya lo habían intentado una vez, y para dar mayor emoción a la cosa, el promotor del combate llevó a su pupilo al «*ring*», poniéndole un collar de perro y arrastrándolo con una cadena. Pero los dos zarpazos terroríficos que dio al contrario, apenas iniciado el primer asalto, enviaron al hospital al incauto que se había enfrentado a él. La policía de vigilancia en la sala hubo de reducir a aquella bestia con gases lacrimógenos, meterlo en una especie de jaula y llevarlo al manicomio de Dovester. Pero, en Dovester, la bestia humana había matado a dos hombres.

Y ahora estaba allí.

Sing-Sing.

Condena a reclusión perpetua. Celda de alta seguridad.

Nadie envía a la silla eléctrica a un deficiente mental. Y menos, estando la pena de muerte suspendida en los Estados Unidos.

Lo terminaron de arrastrar para llevarlo en la furgoneta celular al hospital civil donde debía ser operado. El hospital penitenciario de

Sin-Sing,

que acababa de sufrir los efectos de un motín, no estaba preparado para aquella clase de intervenciones a vida o muerte. Y aún tardaría en estarlo.

Una vez en la furgoneta, el abogado gimió:

—¡No lo aten! ¡No pueden hacerlo! ¡Saben que va contra la ley!

El sargento que dirigía la operación gruñó:

—Tóqueme las pelotas, leguleyo. ¿No sabe lo peligroso que es este tipo?

—Lo mismo da. No deja de ser un hombre.

—¿Está seguro?

—Tiene que ser tratado como un ser humano.

—Oiga... ¿y usted por qué defiende a un tipo así, picapleitos de mierda? ¡Seguro que no ha cobrado ni cinco!

—Alguien había de hacerlo —dijo el abogado oscuramente—.

Pertenezco a la Liga de los Derechos Humanos. Todos somos iguales, ante la ley.

—Nadie lo duda... pero ¿usted sabe de qué le acusaron, leguleyo de las pelotas? ¿Ya leyó el sumario, al menos?

—Claro que lo sé, puesto que lo defendí. Aparte de los dos muertos del manicomio, se le acusaba de la muerte de una mujer a la que violó antes brutalmente. Y no crean que no me impresiona un crimen así... Siento asco. Pero un subnormal no puede ser enviado a la silla eléctrica, cuando no sabe lo que hace.

—En eso estamos de acuerdo —gruñó el sargento—. A ver... siéntese aquí. La puerta bien cerrada... —Dio un golpe en la ventanilla que le separaba del conductor, en la caja blindada—. ¡Vamos, muchacho! ¡Al hospital! ¡Pero sin prisas! ¡A ver si tenemos suerte, y esa bestia ya llega muerta!

La furgoneta arrancó. El abogado, un hombrecillo tímido y con los ojos cargados de buena fe, se sentó junto al recluso en el largo banco de madera. Aquella bestia humana llamada Glompos se mantenía medio erguida, dando lentas cabezadas, sin recobrar el sentido del todo. Los cuatro policías se situaron enfrente.

—¿Ustedes creen que se salvará? —preguntó el leguleyo—. Ya sé que tienen unas cochinas ganas de que muera, pero... ¿qué piensan?

—Se ha tragado un cuchillo —dijo el sargento—. Lo normal es que le perfore el estómago y reviente, pero hay que tratar de salvarlo, ¿verdad? Maldita sea su madre, picapleitos. ¿No dice usted que es la ley?

El picapleitos asintió.

Notaba la creciente velocidad de la furgoneta, señal evidente de que ya habían abandonado

Sing-Sing.

Más allá de las paredes blindadas no se oía nada, como si estuvieran en una caja de caudales, que sería depositada directamente en el infierno. El abogado musitó:

—No crean, a veces yo también tengo miedo.

—¿Por qué, picapleitos?

—Tengo la sensación de haber defendido al monstruo de Frankenstein.

—El monstruo de Frankenstein era un hada madrina, al lado de

ése —gruñó el sargento—. Fíjese cómo nos mira...

—Menos mal que no lleva armas —masculló uno de los agentes.

—No puede hacer nada.

Los ojos llameantes del gorila, que acababa de recobrar el conocimiento, iban de un lado a otro, con una especie de estupor. Aquellos ojos perforaban, atravesaban como puñales. Los policías tuvieron tal sensación de incomodidad que uno de ellos farfulló:

—No puedo soportarlo. Habría que darle con la barra otra vez.

El monstruo inclinó un momento la cabeza, tapándose la boca con la mano. Fue el gesto típico de los que van a vomitar. El sargento gruñó:

—¡Lo que nos faltaba!

Y el recluso vomitó. Lanzó una vaharada fétida, que le mojó las manos, mezclando jugos gástricos y sangre. Pero eso no fue todo.

Los que estaban enfrente no lo creyeron.

Tardaron en reaccionar.

Asistieron, como unas momias, a aquel espectáculo increíble.

Porque, de pronto, comprendieron la treta de aquel monstruo para poder situarse fuera de

Sing-Sing

con un arma. Pero era algo increíble para un ser humano. Era algo... ¡que sólo Glompos podía hacer!

En efecto, estaba... ¡vomitando el cuchillo que se tragó!

¡Era inaudito!

El sargento barbotó:

—¡Cuidado!

Demasiado tarde para él. El cuchillo se le hundió, en la garganta, llegándole hasta la base del cráneo. Luego Glompos lo sacó con un seco movimiento, trazando con él un alucinante movimiento de abanico.

Los guardianes que le custodiaban no eran unos novatos. Eran gente experta. Pero hay cosas que están más allá de la sensibilidad humana, cosas que inmovilizan como un narcótico.

Y el cuchillo manchado de inmundicias y sangre era una de esas cosas. Los policías lo vieron sin atreverse a reaccionar, inmovilizados por su propio horror, perdiendo, sin saberlo, esas décimas de segundo que separan la vida de la muerte.

Uno de ellos balbució apenas:

—Noooooo...

El cuchillo acababa de segarle el cuello. La sangre saltó hasta el techo del vehículo, en un salvaje chorro.

Mientras tanto, la mano izquierda del monstruo no se estaba quieta. Con una envidiable sincronización de movimientos, golpeó brutalmente las cabezas de los otros dos agentes contra las paredes metálicas del furgón. Las cabezas chocaron siniestra y secamente, como nueces que van a partirse.

Era todo lo que el monstruo necesitaba. Dos de los vigilantes estaban muertos y los otros dos momentáneamente aturridos. Los caminos de la libertad se iniciaban ante él, entorpecidos sólo por una puerta blindada que desde dentro podía abrirse.

Pero fue el abogado el que le cortó aquel camino. El hombrecillo se puso en pie, agitando los brazos y gimiendo:

—¡Muchacho, no puedes hacer eso! ¡Te hundirás para siempre, Glompos, y ya no habrá quién te defienda! ¡No huyas!

Pero Glompos no le oyó.

O, si le oyó, fue peor.

Porque emitió una risita diabólica.

Su mano derecha se movió de pronto.

¡CLAS!

El cuchillo brilló por unas décimas de segundo en el cuello del abogado. Ni él mismo se dio cuenta de lo que iba a suceder. Cuando notó aquel pinchazo angustioso en el cuello, aún no podía creerlo.

La sangre volvió a saltar hasta el techo.

La cabeza del abogado pareció quedar separada del tronco.

Lanzando un sordo gruñido, el monstruo saltó hacia la puerta. Los mecanismos para abrir desde dentro eran sencillos y, además, él debía conocerlo bien, como si alguien se los hubiera explicado, porque no vaciló. Un momento después, la furgoneta estaba abierta. El conductor aún no se había dado cuenta de nada, pues su cabina también estaba blindada y separada de la caja de la furgoneta. Sólo vio, por el retrovisor, que un coche les seguía. Era el mismo que les había estado siguiendo, casi desde que salieron de Sing-Sing.

Dobló por una lateral y ganó velocidad para despegarse de él. Eso fue lo que le impidió verle. Lo que le impidió darse cuenta de que el fugitivo saltaba precisamente hacia aquel coche.

Y Glompos desapareció en él. Fue como si se lo tragase la niebla.

Marlon se deslizó también entre la niebla. Vestido de negro como iba, apenas se distinguía su figura en la cerrada noche de Galveston. A lo lejos rielaban las luces de los yates de lujo pero en torno suyo todo eran sombras.

Había llegado hasta allí, al inmenso *parking* casi solitario, con las luces del coche apagadas. Estaba en el lugar exacto donde el agente le dijo que había visto lanzarse a Jim —o uno que podría ser Jim— dos noches antes.

Sobre el equipo de buceador que llevaba, se acopló la máscara que le cubriría por completo, convirtiéndole en una masa negra. Sería así imposible que los de los yates le descubrieran, aunque se acercase a muy poca distancia.

Y se hundió en las aguas silenciosamente.

Dejó que la corriente le arrastrase.

El puerto deportivo de Galveston estaba muy concurrido, en aquella época del año. Yates de todas clases llegaban hasta allí para emprender cruceros por el Golfo de México. Muchos de ellos eran auténticos prostíbulos, porque las mujeres más caras del Caribe se prestaban en ellos, durante días y días de mar, a los caprichos de los millonarios. Y no sólo eso. Más de una secretaria con fama de ingenua se ganaría allí un ascenso, a costa de sentir dolor en las ingles de tanto abrir las piernas.

Algunas risas se oían en las cubiertas cercanas. Mientras nadaba silenciosamente, Marlon vio una chica completamente desnuda, sentada cara al mar, que se acariciaba con una pluma el vello de su sexo. En otra cubierta, un hombre gordo besaba alternativamente a dos chicas sentadas junto a él, mientras otra se arrodillaba para hacerle feliz de una forma total. Pero éstos, al menos, tenían las luces de cubierta casi totalmente apagadas, a diferencia de la niña de la pluma.

Marlon no se fijó en aquello. Tenía otras cosas en qué pensar. Su cerebro era un volcán, mientras su cuerpo se deslizaba suavemente por el agua, convertido en un inmenso pez negro.

Partía de la base de que Jim, antes de ahogarse, no podía haber ido demasiado lejos. Si se arrojó voluntariamente al agua, vestido como estaba, fue porque vio, en uno de los yates, algo que le llamó poderosamente la atención, algo tan cercano que incluso era posible

distinguirlo desde los muelles.

Pero ¿qué era?

¿Una de las hermosas mujeres que se exhibían medio desnudas en las cubiertas? ¿Un hombre? ¿O quizá algún acreditado marica? Porque los más acreditados profesionales del culo que hay en el Caribe también viajaban en aquellos yates, que no sólo de mujer vive el hombre.

En todo caso, tenía que estar muy cerca. Mientras se deslizaba cada vez a menor velocidad, los ojos de Marlon eran como dos bengalas que lo escrutaban todo.

Pasó muy cerca de uno de los yates, casi rozando su proa. Y entonces, al alzar la cabeza, lo vio.

Sintió el mismo estremecimiento de horror que debió sentir Jim, el estremecimiento que le paralizó el corazón.

Porque allí estaba.

Allí estaban el cuerpo y la cara de la muerta.

CAPÍTULO II

La mujer blandió el látigo.

Era joven y alta, torneada, maciza.

Vestía una especie de funda de cuero negro, un curioso traje que parecía haber sido ideado por algún diabólico guionista de «cómic» del espacio. Pero un observador medianamente enterado se hubiese dado cuenta también de que esas eran las prendas que suelen usar las mujeres dominadoras y sádicas. También los «cómic» han divulgado esa clase de prendas.

Consistían en unos ceñidos pantalones de montar y una ajustada cazadora de piel, pero todo ello en suave cuero negro. Unas altas botas ceñían hasta las rodillas aquellos pantalones. Pero éstos tenían una excitante particularidad.

Estaban abiertos por detrás y por delante.

Mostraban por delante todo el pubis de la hermosa mujer, y por detrás gran parte de las nalgas. Si aquella mujer quería recibir placer o dedicarse a cualquier perversión, no necesitaba quitarse ni un centímetro de ropa.

Su largo pelo color castaño estaba recogido en un moño para que no le estorbara en sus movimientos. Cada uno de sus gestos felinos era el de una auténtica pantera.

Un director de películas pornográficas hubiera necesitado, sin duda, una mujer así.

Pero en su rostro había algo extraño, algo maléfico, algo que podía calificarse, sin duda, de infernal. Tenía los labios finos y plegados en una mueca de odio. Los ojos despedían un fulgor dañino, un fulgor venenoso que, sin embargo, estaba cargado de placer.

Cualquiera se hubiese dado cuenta de que se encontraba ante una sádica.

Y, en efecto, sus gestos lo demostraron. Dejó caer el látigo sobre

las espaldas de la mujer que estaba atada ante ella.

Una mujer desnuda, joven, palpitante.

¡CHASK!

En la elegante habitación del rascacielos, desde cuyos ventanales se divisaba todo Houston, el chasquido del látigo resonó como un trallazo. Una línea de sangre se marcó en la espalda de la prisionera.

La verdugo alzó el látigo de nuevo.

—¿Obedecerás? —preguntó—. ¿Harás todo lo que la «señora» te mande? ¿Todo, absolutamente todo?

La prisionera se estremeció. Ni en «Histoire d'O»,

esa película que ha dado la vuelta al mundo, se habían visto mujeres tan bonitas y sufridas como ella. Pero, tenazmente, hizo un gesto negativo con la cabeza.

¡CHASK!

El segundo latigazo fue aún más cruel que el primero, porque alcanzó de lleno los riñones de la prisionera. Ésta tuvo la sensación de que iban a partirle los riñones por la mitad.

¡CHASK!

Otro en el mismo sitio.

El cuerpo de la prisionera se desplomó con un estremecimiento, quedando sujeto por los dos garfios de los cuales colgaba. Y la verdugo se acercó a ella, con una helada sonrisa en la boca.

—No es muy poético hablar de eso —dijo—, pero si sigo pegándote así vas a estar orinando sangre durante una semana entera.

Y la miró de frente. Se dio cuenta de que la chica no iba a resistir demasiado. Una cosa son las amenazas y otra son los golpes de verdad. La «señora» se había limitado a las amenazas cuando se dio cuenta de que la chica no la complacía. Pero ahora ella era la encargada de hacerla entrar en vereda por otro camino.

—Podemos estar así toda la noche —dijo—, hasta que cedas...

La prisionera apenas la miró.

—Esto es... es imposible —balbució, tragándose su propio sudor.

—¿Imposible? ¿Piensas que esto que te está sucediendo no puede suceder en un lugar tan supercivilizado como Houston? ¡Qué tonta eres, pequeña! En todos los lugares ocurre de todo. Este

rascacielos nos pertenece por completo, y aunque abajo hay oficinas alquiladas, a esta hora están completamente vacías. Los tres pisos debajo de éste pertenecen a la «señora», y sólo llega a ellos un ascensor especial, de modo que nadie va a molestarnos. Estás aquí tan segura como lo estaban los presos en la cárcel de Alcatraz. ¡Nadie va a salvarte, idiota!

Y le hundió las afiladas uñas en el rostro. Dejó marcados en él dos largos rastros de sangre.

La prisionera movió la cabeza bañada por las lágrimas.

—Cederé —musitó—. Haré lo que... lo que me manden.

—Ante todo, darás placer a la «señora».

—¿Y luego?

—Luego, la «señora» decidirá.

—Haré lo que ella me mande, siempre y cuando luego me deje libre... ¡No puedo más! ¡No puedo más!

La mujer enfundada en cuero negro sujetó brutalmente el pelo de la prisionera y, tirando de él, le impulsó la cabeza hacia atrás. Luego le habló tan cerca, que partículas de saliva saltaron a la cara de la prisionera.

—¡Harás lo que te manden! ¡Todo lo que te manden, entérate! ¡Dime que lo harás, si quieres seguir viva!

—Sssss... sí.

Una suave sonrisa distendió los labios de la verdugo.

—Veamos... —dijo—. Quizá convendrá que yo te dé unas cuantas lecciones para que aprendas la técnica. Veamos lo que sabes hacer.

Y acercó su sexo a la cara de la chica.

No necesitaba desprenderse de nada para sentir placer.

—A ver —dijo—. Quizá tú y yo lleguemos a ser muy amigas...

La prisionera adivinó lo que se le pedía. Al fin y al cabo, era lo mismo que le había pedido la «señora», y ella se había negado a hacer. Pero ahora las circunstancias eran muy distintas...

Disimulando un gesto de asco, acercó la lengua.

Y en ese momento la puerta se abrió.

Uno de los guardianes que custodiaba la parte alta del edificio entró, como un borracho.

Sus rodillas parecían incapaces de mantenerse rígidas. Sus ojos despedían un brillo febril.

La mujer vestida de cuero negro, que ya sentía por anticipado el ramalazo del placer, lanzó una maldición, mientras miraba hacia allí.

—¡Pagarás esto, Peter! —aulló—. ¡Sabes que no puedes entrar aquí, mientras yo estoy trabajando!

Peter le correspondió con una sonrisa estúpida.

Pero era, al mismo tiempo, una sonrisa extraña. Se notaba que había en ella algo que estaba más allá del horror.

La mujer chilló:

—¡Sucio perro!

No había entendido lo que pasaba.

Pero quedó como petrificada al verle caer. Porque, al desplomarse de bruces, Peter le mostró su espalda. Y en esa espalda, hundido hasta las costillas, se veía un largo punzón de partir hielo.

Era un arma desusada, puesto que ahora el hielo artificial tampoco se usa. Pero los «gangsters» de los años 30 la habían hecho famosa, y de su eficacia no se puede dudar. Penetra como una lanza, y es peor que el peor de los cuchillos.

La verdugo se quedó sin habla.

No lo entendía.

Y entonces miró hacia la puerta. Acababa de oírlo.

Era un gruñido animal, de bestia suelta.

Sus ojos se desencajaron.

Porque vio al monstruo allí.

Enorme.

Con las manos tendidas hacia ella.

Con una luz demoníaca en las pupilas.

La mujer verdugo barbotó:

—Noooooo...

Pero aún tuvo fuerzas para moverse. Aún luchó desesperadamente para sobrevivir. Aún manejó la única arma de que disponía.

¡CHASK! ¡CHASK!

Los dos latigazos hubieran hecho detenerse a un tigre, pero no afectaron para nada a la mole humana que avanzaba. ¿Humana?

Viendo sus movimientos, nadie lo hubiera dicho.

Con una mano sujetó a la mujer por el cuello y con la otra por la abertura que había entre sus piernas. En el sitio donde la hembra

esperaba recibir placer, recibió un terrible impacto de dolor. Notó que aquellas dos terribles manazas la levantaban como si fuese una muñeca.

Y se dio cuenta de lo que iba a suceder. Con los ojos desenchajados, barbotó:

—¡NOOOOOO!

Su grito se perdió en el más absoluto vacío.

Su cuerpo salió despedido como una piedra hacia los cristales de la mayor de las ventanas. Más allá estaban los otros rascacielos de Houston, estaba el vacío, estaba la muerte...

Todo se rompió como si estuviera hecho de briznas de paja. El cuerpo salió despedido hacia el abismo.

Dio una espantosa vuelta de campana, en el vacío de la muerte.

Y luego, nada.

Los gritos aterrorizados, que sonaban en la calle.

El cráter en la acera.

El espantoso manantial de sangre.

El teniente Harrison miró cómo se movía el culo de su secretaria, y musitó:

—Mala suerte.

Sí. Era mala suerte que la policía se hubiese decidido a admitir mujeres en su plantilla, especialmente para labores de oficina. Era mala suerte que a él le hubiesen destinado una como secretaria. Y mala suerte también que la muy maldita tuviera el mejor culo de Texas.

¡Qué ya es decir!

Porque las mujeres de Texas son, de largo, las mejor formadas de los Estados Unidos. Cuando andan, provocan terremotos.

Aquel culo no le dejaba trabajar al teniente Harrison. Lo tenía todo el día delante, sin poder tocarlo. Y, cuando llegaba a casa, soñaba con él.

Eso era lo malo. No hay nada peor que los culos imposibles.

Gruñó:

—Leches.

Y entonces se dio cuenta de que hay cosas bastante más inquietantes que un buen culo de mujer.

Por ejemplo, el puño de aquel hombre.

El poderoso puño le sujetó por el cuello de la camisa y levantó al

teniente como si fuera una pluma, mientras la voz decía:

—Oiga, Harrison.

El teniente dijo, con toda la finura del mundo:

—Hijo puta de Marlon, suéltame.

Y, para demostrar lo mucho que le quería, llevó la mano a la funda pistolera. Pero el asqueroso y pútrido detective privado, conocido en todos los garitos, todas las cloacas y todos los prostíbulos del Golfo de México, le depositó blandamente en el sillón como si Harrison fuera un muñeco que pudiera romperse.

Marlon gruñó:

—Necesito que me firme una orden.

—¿Para caparte? Dalo por hecho.

—Teniente, sólo usted puede hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Detener al yate *Ulises*. Va a zarpar.

Harrison bizqueó.

—¿Te das cuenta de lo que dices, Marlon?

—Claro que me doy cuenta de lo que digo... ¡mierda!

—Ese yate pertenece a la naviera Linkos. Es una multinacional con la que no se mete nadie, ni el mandamás Carter. Tiene como accionistas a algunos de los políticos más influyentes de los Estados Unidos.

—Yo sé muy bien a quién pertenece.

—Pues entonces... ¿de qué leches hablas?

Marlon se dejó caer sin fuerzas a un lado de la mesa. El sillón crujió bajo su peso de atleta. Su mandíbula cuadrada crujió, y sus ojos grises y duros brillaron como dos pedazos de metal bruñido.

—Harrison, por favor —musitó—, disponemos de pocos minutos. Los del *Ulises* deben sospechar algo, porque esta mañana me he dado cuenta de que ya levaban anclas. Estarán saliendo por la bocana del puerto, en un santiamén.

—Es natural. Tienen unos motores más potentes que los de las lanchas de la policía. Pero ¿qué puñeta pasa con el *Ulises*?

Marlon meneó la cabeza.

—Sé por qué murió Jim —dijo—. Ahora conozco perfectamente qué fue lo que le asustó tanto.

—¿Qué fue?

Marlon depositó sobre la mesa la fotografía de cuerpo entero de

una mujer. Estaba en «bikini», en la punta de un yate. Era joven, compacta, espléndida. Si alguien hubiese querido anunciar belleza y salud, lo hubiera podido hacer sin palabras, exhibiendo simplemente el cuerpo de aquella chica.

—Jane —dijo.

—¿Y qué?

—La novia de Jim —siguió diciendo Harrison.

—¿Dónde has conseguido esa foto?

—En su apartamento de Galveston, frente al mar. Lo he registrado esta mañana, aunque sea un acto ilegal. Sabía que la foto tenía que estar allí. Jim me la había mostrado varias veces.

—De acuerdo... Una chica preciosa. ¿Y qué pasa con ella?

—Desapareció.

—Muchas chicas desaparecen al cabo del año, en este inmenso país. Cientos de ellas, sin que sus padres se atrevan, a veces, ni a denunciar la desaparición, porque piensan que aparecerán al día siguiente, casadas con algún tío. Pero cientos de ellas no aparecen jamás, y ése es el precio de nuestro sistema de vida. ¿Qué pasa?

Marlon apretó los labios.

—De ésta nunca se supo. Jim cursó la denuncia, pero sin resultado. La policía la buscó con interés porque Jim era un amigo. Y nada.

—De acuerdo, ¿pero qué quietes que haga yo, muchacho?

—¡Detener al «*Ulises*», maldita sea su estampa! ¡A la chica la he visto allí!

—Estará por propia voluntad. Aquél es un yate de placer, a dónde van bastantes mujeres a ganar dólares; todos lo sabemos.

—Jane no era una idiota de ésas. No se trataba de una de esas chicas que esperan llegar a Hollywood, a través de un contrato para posar desnudas en el *Playboy*. Tampoco se hubiera marchado de su casa nunca. Era una chica normal, como tantas y tantas de este país. Además, la he visto en el yate... muerta.

Harrison arqueó una ceja.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Qué pasa? ¿La tenían en cubierta?

—En la proa.

—Estás borracho, sucio detective. Vete a la mierda.

Marlon pareció no oírle. Había momentos en que daba la sensación de estar drogado. Con la mirada perdida, musitó:

—Jim también la vio. Por eso se le paralizó el corazón, mientras estaba en el agua.

—¡Idiota! ¿Tratas de decir que la tienen colgada de la proa o algo así?

—No es que la tengan colgada. Ella ES el mascarón de proa —dijo Marlon, con una voz que parecía llegar desde muy lejos—. Parece como si hubieran hecho un molde con su cuerpo. Reconozco exactamente la cara, la línea de los pechos, de las piernas, del vientre... A Jane la había visto bastantes veces, pero esta foto que está sobre la mesa me la ha acabado de recordar. ¡Es ella! Sé muy bien que los mascarones de proa de los yates de lujo suelen representar mujeres simbólicas, pero éste, no. ¡Este representa una mujer real! ¡Representa a Jane! ¡Tanto parecido es imposible!

Harrison meneó la cabeza.

—Has bebido, Marlon —decretó—. Largo de aquí.

—¿No va a detener ese yate?

—¿Con qué pretexto?

—No sé... Revisar las bodegas, por ejemplo. Simple inspección de Aduanas. Las excusas son lo de menos, para un caso así.

El teniente se había distraído. Volvía a mirar el culo de su secretaria como si ésa fuera la visión más fascinante del mundo. Hizo un gesto como el que espanta una mosca y susurró:

—No quiero líos de tanta altura. No voy a hacerlo. Vete a tomar viento, Marlon, o líate con un marica, a ver si piensas en otra cosa. Los hay muy jóvenes en el Dountown.

Marlon se puso en pie. Sus ojos brillaban quietamente. Cerró con tanta fuerza los puños que los nudillos crujieron. Dio la sensación de que iba a seguir el impulso de romperle la cara a Harrison.

Pero al fin se contuvo. Volvió la espalda lentamente, tambaleándose como un borracho.

—Llevaré este asunto a mi manera —dijo.

Y vio el culo de la secretaria que tapaba el pasillo. La chica estaba en pie, pasándose las manos por su apretada falda negra.

Marlon simuló no haber visto el importante obstáculo. Chocó con él. Y es que hay tíos que tienen «carnet» de primera, pero parece como si no supieran conducir ni sus propios pies, oiga.

CAPÍTULO III

Tendido sobre la mesa más amplia del depósito de cadáveres de Houston, el cuerpo enfundado en cuero negro producía un efecto repelente, pero al mismo tiempo se desprendía de él esa misteriosa, esa miserable atracción que origina la unión del sexo y de la muerte. Como la piel era sólida e impermeable, no había dejado pasar los miembros rotos ni parte de la sangre, que se iba deslizando poco a poco por la abertura del bajo vientre. El cráneo de la mujer estaba partido en dos, pero la cara había quedado intacta. Sus ojos, muy abiertos, aún parecían mirar al vacío con una expresión de horror.

Harrison tuvo que dejarse caer por allí.

Cochino oficio.

Cuando iba a largarse a su casa, terminado un servicio tranquilo, toda la Brigada de Homicidios se ponía en conmoción por aquella muerte. Porque una mujer vestida y reventada de ese modo no aparece todos los días en las calles de Texas.

Fue el sargento Clarke el que informó:

—La arrojaron por la ventana, con una fuerza casi sobrehumana, porque el cristal era de seguridad y, sin embargo, saltó hecho pedazos. El cuerpo de la chica ya estaba medio reventado cuando pasó aquel obstáculo, y luego acabó deshaciéndose al caer desde tanta altura. No sabemos quién lo hizo, pero desde luego tiene que ser un verdadero monstruo.

Harrison preguntó, con voz profesional:

—¿Murió alguien más?

—Sí. Por lo visto, era un pájaro que guardaba el piso. Lo destrozaron con un punzón de partir hielo.

—Hacía muchos años que nadie utilizaba un arma así —musitó el teniente—. Es como en los viejos ajustes de cuentas.

—Tal vez, pero lo cierto es que hemos encontrado las huellas de

un solo hombre. Unos pies inmensos.

Harrison dio una vuelta por el siniestro espacio. Vio al otro tipo que estaba tendido en la mesa contigua, y examinó la ficha que habían colgado de uno de sus pies. Luke Vado, un tipo condenado dos veces por tenencia ilícita de armas y absuelto una vez de la acusación de asesinato. Se sospechaba que pudiera tener relación con las actividades de los *gangs* que operaban entre Austin y el Río Grande.

Luego se volvió hacia la mujer.

Emanaba de ella una repulsiva fascinación.

—¿Por qué va vestida de esa manera? —susurró.

—La respuesta es fácil: sadismo.

—¿Estaba torturando a alguien?

—Sí. Hemos encontrado el látigo. Atormentaba a una muchacha que ha aparecido atada en una de las habitaciones.

Harrison cerró un momento los ojos.

Bueno, eso pasa en todas las sociedades que han llegado a un elevado nivel de bienestar y, por lo tanto, entran en la decadencia. La gente se cansa del sexo normal, del sexo de todos los días, y entonces el sadomasoquismo aparece como una alternativa válida. Hay, incluso *clubs*, legalizados, cuyos socios llegan al éxtasis sexual dando o recibiendo castigo. ¿Quizá en aquel rascacielos había uno de ellos?

El sargento Clarke adivinó sus pensamientos. Musitó:

—No, no se trataba de una actividad viciosa. Quiero decir que se trataba de una actividad comercial. El dueño del rascacielos, el señor Nichols, dice que había alquilado aquel apartamento para realizar una película. En efecto, hemos encontrado cámaras y todo lo necesario para el rodaje.

—¿No puede ser una coartada?

—Tal vez.

—¿Filmaban la escena?

—No, en aquel momento no. Parece que no había ni *cameraman*, ni director, ni nadie.

—¿Pues entonces qué leches era la paliza?

—Suponemos que un ensayo.

—Un ensayo demasiado real, ¿no? ¿Qué ha dicho la chica a la cual le atizaban los latigazos?

—No ha podido declarar. Está desmayada.

La mirada de Harrison reflejó un súbito interés.

—¿La han atendido? —preguntó.

—Claro que sí.

—¿Dónde?

—En el Hospital Chessworth, que es el que está más cerca. El médico de guardia ha prohibido las visitas. Hasta mañana, no tenemos licencia para interrogarla.

Harrison masculló:

—Me cago en las licencias, en los médicos de guardia y en la madre que los parió. Vamos allá en el coche más rápido que tengamos. Pero eso, sí, civilizadamente: pasándonos todos los semáforos en rojo.

En efecto, la muchacha estaba en una de las habitaciones privadas del Chessworth. Era un sitio confortable y tranquilo, donde cualquiera podía sentirse seguro. Lo primero que vio al abrir los ojos fue la sonrisa del médico y el suave roce de las cortinillas, al ser mecidas por el viento.

El médico susurro:

—¿Se siente mejor?

—¿Dó... dónde estoy?

—En el Chessworth, uno de los mejores hospitales de la ciudad. La hemos traído sin sentido hace un rato, y le hemos dado un tónico. ¿Cómo se siente?

La chica no contestó. Sus ojos erraban de un lado a otro. Sus facciones estaban, crispadas por el miedo.

—No tema —dijo el médico—. Aquí no corre ningún peligro.

—Por Dios, que no... no... no entre nadie.

—Nadie va a entrar, ni siquiera la policía. Hemos decidido que no la interroguen hasta mañana.

—Es que... quiero... quiero hablar...

Dos manos rozaron las suyas afablemente.

—No puede, querida. Tendrá que descansar un poco antes de ser dueña de sí misma otra vez. Ninguno de nosotros quiere tener la responsabilidad de que le ocurra algo. Mañana por la mañana, hablará lo que quiera.

Y le señaló un pulsador que estaba bajo la almohada.

—Colóqueselo al lado, y llame a la enfermera si necesita algo.

Ahora, en vista de que el tónico le ha ido bien, voy a ordenar que le den algo para que descanse. Ya verá cómo duerme dulcemente. Hasta mañana, querida.

Y volvió a sonreír. Una se sentía protegida por aquella sonrisa. La chica cerró los ojos y, por primera vez, se sintió segura. Casi angustiosamente deseó que el tiempo pasara. Deseó dormir.

Unos instantes después, oyó el ruido de la puerta. La enfermera entraba. Vio confusamente, abriendo un solo ojo, la bandeja con los inyectables y la jeringuilla.

El calmante estaba allí.

Mejor.

—Tienda el brazo —dijo la voz opaca de la recién llegada—. A ver... Así. Gracias.

Se lo sujetó bien, con tanta fuerza que le hizo daño. La chica abrió los dos ojos, de pronto. Tuvo una crispación.

Y entonces lo comprendió todo.

Porque vio la cara que estaba frente a ella. Porque captó la sonrisa viciosa. Porque vio los ojos profundos y quietos. Porque notó la caricia lasciva, incluso en aquel terrible momento.

Se estremeció.

Trató de huir.

Pero era inútil.

La «señora» estaba allí.

Y le hundió hasta el fondo la aguja con el líquido venenoso. Mientras le palmeaba la mano, susurró:

—Querida...

La mujer estuvo allí, suspendida en el vacío durante unas interminables décimas de segundo, durante un tiempo que pareció cristalizarse, mientras su hermoso cuerpo daba una vuelta en el espacio.

La patética vuelta que precede a la muerte.

De su garganta escapó un chillido.

Y Marlon también chilló.

Sus nervios se dispararon.

Vio que la mujer iba a morir, y comprendió, en décimas de segundo, que no podía hacer nada... ¡Nada!

La cristalera se había roto a la altura del tercer piso.

La mujer había sido brutalmente lanzada al vacío desde el

interior de una de las habitaciones. A pesar de la semioscuridad que flotaba sobre la calle, la luz de la luna permitió ver su falda desprendiéndose y sus hermosas piernas agitarse en el aire. La altura era suficiente para que su cuerpo se hiciera pedazos contra las losas del suelo.

¡BLAM!

Marlon no podía creerlo. El ruido sordo de la lona pareció sacarle de un sueño. Bruscamente, se dio cuenta de que había ocurrido una especie de milagro, y de que la chica no volvería a tener aquella suerte jamás.

Claro que, a veces, ocurren esas cosas, pero son pocas las personas que pueden contarlo.

Uno de los toldos de las oficinas del primer piso recibió el primer impacto del cuerpo que caía y lo desvió, aminorando el impulso. Inmediatamente después, el cuerpo de la joven salió proyectado hacia la lona del camión estacionado junto a la acera. Rebotó dos veces en ella y quedó allí, agitándose frenéticamente.

Marlon, que volvía a su sórdido despacho, a aquella hora de la noche, no podía creer lo que estaba viendo. Él había sido el único testigo de aquella espectral caída, y, durante unos segundos que se hicieron interminables, le pareció increíble que la muchacha no estuviese muerta. Pero sólo había un modo de comprobarlo, y, por lo tanto, trepó ágilmente a la lona que tapaba la caja del camión vacío.

Lo primero que notó fue que la chica valía la pena.

Tenía unas piernas que hubiesen envidiado las «*vedettes*» más cotizadas de Broadway.

Unos pechos que estallaban.

Un trasero convertido en el mejor almohadón que Marlon había visto.

Y una cara ligeramente exótica, de ojos rasgados, quietos, que en este momento miraban al vacío como si ella misma no creyese que seguía viviendo.

Marlon la sujetó.

—Cálmese... Por Dios, cálmese... No ha pasado nada. ¿Me ve usted bien? ¿Siente algo en la cabeza? ¿Me ve?

El detective sabía que, caso de tener el cerebro castigado, la chica apenas podría verle. Ése era el principal problema, porque en

la columna vertebral no debía haber sufrido ningún daño. De otro modo, no podría mover las piernas tan ágilmente.

—Sí... Le veo —musitó ella—. Le veo bien.

—¿Puede levantarse?

—Por favor, sáqueme de aquí...

Palpitaba el miedo en sus palabras, en su aliento. Marlon se dio cuenta de que miraba hacia la ventana desde la que había sido lanzada. Él miró también allí, pero no pudo distinguir a nadie.

Claro que el asesino aún tenía que estar cerca.

Y había de ser un hombre de una fuerza brutal para haber podido lanzar a la muchacha de aquella manera.

De la misma manera que había sido lanzada desde un rascacielos la extraña mujer enfundada en un traje de cuero negro... Porque la noticia ya estaba dando la vuelta a Texas, y Marlon la había oído mientras venía hacia allí, por la radio de su coche. La certeza de que los dos hechos estaban relacionados, fue para él como un impacto brutal.

La muchacha siguió suplicando:

—Sáqueme de aquí...

Temblaba de miedo.

Marlon hizo jugar sus poderosos músculos y se la cargó sobre los hombros, sin aparente esfuerzo. Dio un salto y se encontró sobre el capó del camión, que quedó ligeramente abollado. Luego saltó a tierra.

—¿Qué es lo que le duele? —preguntó.

—Todo el cuerpo, pero... pero creo que es sólo el golpe. Me parece que no tengo nada roto.

—¿Aviso a la policía?

—Supongo que es necesario...

—De todos modos, para su tranquilidad, le diré que soy detective privado.

La desconocida pestañeó.

—Entonces, quizá no haga falta avisar a nadie, de momento... Por favor, lléveme a algún sitio donde me sienta segura.

—Mi despacho está en el edificio de enfrente.

—Gracias... Es un sitio tan bueno como cualquier otro.

Sólo cuando estaban en el despacho de Marlon —un sitio con pocos clientes, pero con muchos cobradores de facturas— la chica

se dio cuenta de que en la caída se le había desprendido la falda. Estaba allí como una estatua erótica, con sus bonitas medias grises, con sus muslos macizos y blancos, con sus senos al aire y con su pelo negro cayéndole en larga melena sobre los hombros. Muchos fotógrafos para revistas «only for men» hubieran deseado tenerla así delante de sus cámaras. Pero Marlon no se fijaba ahora en eso, pese a todo lo hijo de la gran marrana que era. Sus ojos repasaban aquel cuerpo, sólo para cerciorarse de que no tenía nada roto.

—Por favor, ande un poco —pidió.

Ella lo hizo.

—¿Se siente bien?

—Sólo un poco mareada.

—Has tenido una suerte que no volverás a tener nunca más, muñeca. Pero estás viva, y eso es lo único que importa. Creo que lo primero que necesitas es entonarte un poco. Toma, bebe.

Le dio una botella de «Chivas 12», comprada a crédito. Luego la hizo pasar al cuarto de baño contiguo para que se diera una ducha caliente.

Cuando apareció de nuevo, envuelta en una gran toalla, la chica parecía otra. Estaba físicamente intacta, aunque el miedo no había desaparecido de sus ojos.

—Tengo que darte las gracias —musitó.

—No. Yo sólo te he sacado del camión. No he hecho nada.

—¿Cómo te llamas?

—Marlon.

—¿De verdad eres detective privado?

—Sí, pero de los malos. Tengo diez acreedores por cada cliente.

—Supongo que eso le ocurre a mucha gente.

—Por lo menos, a mis amigos les suele pasar también. ¿Tú cómo te llamas?

—Irma.

—¿A qué te dedicas?

—Soy fotógrafo profesional.

—¿Reportajes?

—Sí. Y publicidad. Y de vez en cuando, coloco algunas en las revistas como «free lancer».

Marlon entornó los párpados.

Y sus dedos se crisparon sobre la botella de «Chivas», antes de

poder servirse un vaso. Porque, de pronto, lo recordó todo.

—Claro... Es perfectamente lógico —bisbiseó—. ¡Dios santo!

—¿Irma Donovan? —preguntó con un hilo de voz.

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Lo he recordado.

—¿Lo has recordado a propósito de qué?

Marión dijo, con un hilo de voz:

—El asunto Glompos.

La chica se estremeció un momento. Sus ojos erraron por el vacío como si otra vez le asaltase el horror. Musitó:

—¿Qué recuerdas de eso?

—El loco asesino.

—Sí —dijo ella como en un sueño.

—Tú fuiste testigo de cargo, en su juicio.

—Sí.

—Habías podido hacer, por casualidad, una foto en el momento en que lanzaba a un hombre por una ventana. Esa imagen fue la que convenció al jurado de que no existía ninguna duda. Y el fiscal pidió pena de muerte.

—No me alegró nada hacer aquello —susurró Irma, como si hablara consigo misma—. A veces, me parece que ha pasado un siglo desde que hablé ante el gran jurado, pero, en cambio, otras veces me despierto sobresaltada como si aún estuviese allí, en el estrado de los testigos. Y entonces pienso que no me quedaba más remedio que actuar como lo hice. Que era mi deber.

Marlon le pasó otro vaso de *whisky* a través de la mesa.

—Yo también recuerdo aquel caso, muy bien —susurró—. Bastantes periódicos hicieron amplios reportajes sobre eso. Glompos juró que te mataría.

La chica no contestó. Bebía ávidamente, con angustia, como si, de pronto, no encontrase en el mundo más apoyo que el que podía darle aquel poco de licor. Fue Marlon el que rompió el silencio para musitar:

—Debes saber que no fue condenado a muerte.

—¿Cómo no he de saberlo?

—Lo declararon loco, y lo enviaron a un manicomio.

—También lo recuerdo perfectamente.

—Pero fue peor. Lo tuvieron que meter al final en

Sing-Sing,

de donde ha escapado hace poco. Fue una matanza, una orgía de sangre, ¿sabes? Quizá lo has conocido a través de la televisión. Las escenas eran impresionantes. Y ahora, ese monstruo está en Texas.

Los ojos de Irma brillaban quietamente.

Había momentos en que parecían los ojos de una muerta.

—¿Lo has visto? —preguntó Marlon, con un hilo de voz.

—Sí.

—¿Ha venido por ti?

—Estoy segura.

—Dios santo...

Marlon tenía la sensación de algo inevitable, de algo que era superior a él. Bisbiseó:

—Un tipo como ése no pasa inadvertido en ningún sitio, y además, carece de la capacidad mental suficiente para tomar un avión o un tren. Quizá sepa poner en marcha un automóvil, pero es seguro que se estrellará contra una farola, al doblar la segunda esquina. Entonces, ¿quién le ayuda? ¿Quién le ha podido traer hasta Texas, dándole dinero y ropa?

Irma musitó:

—Glompos es un hombre inteligente, a su modo. Tiene instinto. Lo demostró en muchas ocasiones, a lo largo de su vida. Y puede haber llegado hasta Texas escondiéndose en los vagones de mercancías que van de un lado a otro del país. Al fin y al cabo, no es tan difícil.

—No, no es tan difícil —dijo Marlon, cabeceando pensativamente—. Pero si ese monstruo ha llegado hasta aquí y te buscaba... ¿cómo ha dado contigo? Houston es lo bastante grande como para que un tipo así, se pierda.

—También le ha resultado sencillo. Glompos sabe leer. Últimamente, me he anunciado en los periódicos, al cambiar de domicilio.

—¿En esta calle?

—Sí.

—¿El sitio desde el que te ha lanzado era tu nuevo estudio?

—Y tan nuevo. Lo tengo hace apenas una semana.

Marlon hizo un gesto de preocupación. Obsesionado como estaba con la muerte de su amigo Jim, y con la increíble aparición

de Jane, convertida en el mascarón de proa de una nave, todo aquello que estaba ocurriendo ahora le desbordaba, le destruía. Por un momento, tuvo la sensación de que su cerebro no iba a poder acumular tantas ideas juntas.

Pero se rehízo. Lo más importante era que Irma se encontraba viva, y él había rozado la pista de Glompos. Ahora había que seguir aquella pista, pero procurando salvar la piel de Irma.

Eso era lo más difícil. Seguramente, Glompos aún rondaba por allí. Y en el caso de que atacase, no estaba seguro de poder vencerle.

—Avisaré a la Brigada de Homicidios —murmuró—. Necesitaremos ayuda.

—¿Tienes amigos allí?

—Bueno... amigos y enemigos al mismo tiempo. Tipos que vendrían contentísimos a mi boda, si supieran que inmediatamente después iba a celebrarse mi entierro. Por ejemplo, el teniente Harrison, quien me quiere tanto que carga su pistola, en cuanto me ve a menos de una milla.

Irma se removió, inquieta.

—¿Qué crees que harán? —musitó.

—Lo elemental: protegerte. Yo no puedo hacerlo porque soy un hombre solo. Ellos, en cambio, pueden.

—¿Cómo lo harán?

—Metiéndose, de momento, en una habitación custodiada. Tal vez en la celda más cómoda de la cárcel del condado, donde ese monstruo no pueda penetrar nunca.

La chica se mordió los labios nerviosamente.

—No puede ser —dijo—, no quiero.

—¿Por qué no?

—Porque tengo la oportunidad de mi vida, y no voy a desaprovecharla. Estoy detrás del reportaje fotográfico más apasionante que se ha filmado este año. Si lo termino, incluso puedo tener aspiraciones de ganar el «Pullitzer».

—¿Un reportaje? ¿De qué clase?

—Tratantes de armas con Sudamérica y con África. Una cadena, en la que están involucrados importantes personajes. Mucho dinero por medio. Golpes militares en algunos países. Atentados hechos por grupos de exiliados, a los que se paga bien. Muchas claves de la

política del continente, que no se explican de otra manera.

Irma hablaba de aquel trabajo con pasión, casi con ansia. Y Marlon conocía lo bastante de lo que es el periodismo para saber que, sin pasión y sin ansia, esas cosas no se pueden hacer. Pero le pareció al mismo tiempo un asunto tan oscuro, que hubo de mover negativamente la cabeza. Porque por aquel camino se podía llegar hasta el ataque a la Bahía de los Cochinos, en Cuba, y los puertos de Kennedy y de Cuthes King. ¿O no?

—¿Tienes pistas? —susurró.

—Sí.

—¿Seguras?

—Creo que del todo.

—Y necesitas libertad para seguirlas, claro.

—La libertad es esencial. Sin ella, no hago nada. Un solo día de encierro, y pierdo mi oportunidad para siempre.

Marlon la miró con cierta conmiseración.

—Irma —preguntó—, ¿vale eso el precio de tu piel?

—Si no consigo nada, mi piel tampoco vale nada —dijo la chica, con una filosofía que resultaba difícil desmentir—. A los fracasados, nadie los necesita.

—Por eso no quieres que te protejan...

—Bueno... Podría admitir que me protegieran a distancia. Pero encerrarme, no.

Marlon lo entendió. Quizá habría algún modo de defender a la chica, sin coartar su libertad. Viendo con sorpresa que aún no le habían cortado el teléfono, por falta de pago, lo descolgó para llamar al teniente Harrison.

Pero, mientras hablaba, todos sus sentidos estuvieron alerta, erizados ante el peligro. Porque se daba cuenta de que le rodeaba la muerte.

CAPÍTULO IV

El pequeño hidroavión deportivo se posó con suavidad junto al yate, en la mar quieta. Como en la zona de las Bahamas y el Golfo de México hay tanta gente rica que se pasa la vida en yates, avionetas e hidroaviones, a nadie llamó la atención la presencia de aquel aparato amarrado junto a la gran embarcación. Tampoco hubiese llamado la atención de un guardacostas, aun en el caso de divisarlo.

Lo único que hacían los servicios de Aduana y la Brigada Antidroga era controlar a los socios de los clubs náuticos y los aeropuertos particulares, y, de vez en cuando, hacer registros antes de una salida. Por eso los ocupantes del hidroavión podían sentirse absolutamente seguros de que nadie les iba a molestar.

Eran un hombre y una mujer.

El hombre era un piloto profesional, que conocía a la perfección las aguas del Caribe. La mujer era alta y ligeramente gruesa, de media edad, con ojos negros y profundos, una belleza todavía apetitosa y un cierto rictus ansioso y lascivo en los labios. Si un fotógrafo hubiese querido encontrar una modelo para la hembra dominadora de una escena de lesbianas —la que recibe placer mandando sobre otra mujer— aquélla le hubiera venido a la medida exacta.

Por la ventanilla izquierda del aparato vio el yate que estaba quieto sobre las aguas, casi muertas. Leyó las letras doradas sobre la blanca estructura: «*Ulises*». Y vio el atrevido mascarón de proa, rielando sobre el mar, un mascarón de proa que representaba a una espléndida mujer.

Un par de tripulantes aparecieron entonces en la cubierta del yate. El aparato de radar de que éste se hallaba provisto oscilaba suavemente, buscando a posibles perturbadores de aquella paz. El tubo lanzatorpedos que el «*Ulises*» llevaba, en secreto, bajo la quilla

estaba también dispuesto, con un proyectil a punto de ser disparado.

Pero no hacía falta. Todo era paz en torno al hermoso yate. Un bote neumático fue descolgado de éste, y el motor lo impulsó hasta el hidro. La mujer descendió, y a los pocos instantes, el piloto emprendía de nuevo el vuelo, regresando a las costas de Florida.

La todavía hermosa hembra subió al yate. Llevaba un vestido largo y sedoso, las piernas desnudas y los pechos al aire. Eran unos pechos todavía sólidos y duros, que hubiese envidiado más de una jovencita.

Un hombre se dirigió hacia ella.

Era alto, huesudo, de mirada astuta. Una mezcla de americano y vietnamita, que se había pasado la vida en los meandros del río Mekong y en los recovecos del Mar de la China Meridional. Vestía con arreglo a esa moda decadente de los millonarios yanquis, que cuando se compran un yate se compran también un traje de almirante con anclas por todas partes, galones muy grandes y la insignia deportiva del club a que pertenecen. A éste no le faltaba tampoco la vieja gorra con un ancla, lo que en su opinión le daba un convincente aspecto de lobo de mar.

—Bienvenida, Maira —dijo.

—Hola, Wen.

—¿Has podido liquidar a aquella testigo?

—Sí. No fue tan difícil hacerme pasar por una enfermera.

—Estaba preocupado, ¿sabes, Maira? Las emisoras de onda corta habían dado muchos detalles de aquellas muertes en el rascacielos de Houston. Aunque nuestro socio, el que tiene a su nombre el edificio, ha tratado de arreglar las cosas diciendo que allí se filmaba una película, la verdad es que se hubieran hundido muchas cosas si aquella chica llega a hablar. Eliminarla era algo absolutamente vital para nosotros, absolutamente vital.

Maira entornó los párpados. Sus ojos brillaban, viciosos, bajo la luz blanca del Caribe.

—Cuando ocurre algo anormal, yo lo resuelvo —dijo.

—¿Puede sospechar la policía que estuviste allí?

—No.

—¿Seguro?

—Seguro, naturalmente. Pasé el control de la aduana saliendo

en este yate del puerto de Galveston. Luego el hidro vino a buscarme y me llevó, en secreto, a nuestro club marítimo privado, sin que la policía haya podido controlar ese movimiento. Hice el trabajo en el Hospital Chessworth, adonde los idiotas de la Brigada de Homicidios dijeron que había sido trasladada la chica. Sin ese dato, yo no hubiese podido hacer nada, pero todas las emisoras lo dieron. Luego, he vuelto aquí, y nadie podrá demostrar jamás que me haya movido del «*Ulises*».

El mestizo rió silenciosamente.

—Entonces, todo va bien —dijo.

—Perfectamente.

—Las armas están situadas debajo nuestro, en un gran cajón impermeable, que cuelga de la quilla, Maira. Como de costumbre. Llevamos esta vez por valor de un millón de dólares, porque son armas de alta precisión. Igual que otras veces, el camión que lleva las provisiones al restaurante de nuestro club marítimo privado, transportó varias cajas herméticas, que por la noche fueron arrojadas al fondo del puerto. Nuestros hombres rana los recogieron y los izaron por medio de los ganchos lanzados desde el «*Ulises*». Los metieron a continuación en la gran caja que puede colgar de nuestra quilla gracias al profundo calado del puerto. Una vez cerrada la caja, que naturalmente había quedado llena de agua, las bombas expulsoras que hay en ella empezaron a funcionar, y el interior quedó limpio, cerrándose automáticamente. Con eso podremos cruzar, sin dificultades, el Atlántico, hasta llegar a las costas de África.

Maira escuchó con un aparente desinterés aquel informe, pero, en realidad, estaba atenta a cada detalle. Aunque la técnica le era bien conocida, necesitaba saber si en cada viaje se producía alguna variación, incluso la más mínima, para obrar en consecuencia, en caso de peligro.

Veía, con satisfacción, que todo iba bien. Y eso le hizo sentir, con más fuerza que nunca, una serie de deseos que siempre la acababan llevando al «*Ulises*», el mejor sitio del mundo para satisfacer sus ansias más secretas.

—¿Cuántas han subido esta vez? —preguntó.

—Cuatro —dijo Wen.

—No son muchas.

—Lo sé, pero esta vez la poca cantidad está compensada por la alta calidad. Son chicas de primera clase. Las hemos sacado de agencias fotográficas, esas que buscan modelos para las revistas sólo para hombres.

—Esas agencias son una mina —susurró Maira.

—Nadie lo puede negar. Cientos de chicas que quieren hacer carrera con sus tetas y con su culo acuden, en cuanto leen un anuncio de ésos. Llegan como moscas. «Esta quiero y ésta no quiero». Es sencillo. Eliges entonces carne de la mejor calidad, sacas unas tomas, les dices que las pruebas definitivas se harán a lo largo de un crucero por el Caribe, con todos los gastos pagados, y las tías se corren allí mismo. Todas dicen que sí. Podía haber elegido más de cuatro, pero un número superior me ha dado miedo. Tantas desapariciones podrían acabar llamando la atención de la policía.

—La «bofia» no se mete en la vida privada de la gente —dijo oscuramente Maira—. Si una chica desaparece, pues desaparece y en paz. La mayoría de ellas ya no vivían con su familia, antes de entrar en contacto con nosotros. ¿Para quién han sido contratadas las que llevamos?

—Uganda —dijo Wen—. Gente del entorno de Amin. Una avioneta especial del Imperio Centrafricano, con permiso personal de Bokassa I, nos permitirá llevarlas a través de África. Bokassa I debe favores a algunos personajillos de la corte de Amin Dadá, y quiere pagarlos de esa manera. Los próximos envíos es posible que estén destinados a Níger o a Mali, aunque ahí las autoridades francesas vigilan un poco. Pero, por eso mismo, los precios suben.

Maira lo sabía bien. Por una chica de primera clase, aunque estuviera desentrenada, se llegaban a pagar treinta mil dólares, lo mismo que por dos «Cadillac». En cuanto a las armas, eran un asunto que cada vez prometía más.

—¿Adónde van destinadas éstas? —preguntó, con la expresión de una eficiente jefe de oficina.

—A Namibia. Hay allí un centro de mercenarios blancos, que quieren establecer una especie de pequeño imperio, y tal vez llegar a un acuerdo para la «protección» de las minas del Zaire. Dicen que África estaba mal en tiempo de los imperios, pero ahora algunas de sus zonas han llegado a ser un verdadero infierno. Y eso nos beneficia.

Rió lentamente. A su manera, era un perfecto hombre de negocios. Y le interesaban todos los placeres de este mundo, excepto el de las chicas, porque era el único que no podía disfrutar. Una bala se le había llevado por delante casi todo el aparato genital, cuando cierta vez, en Vietnam, los comunistas le acorralaron en el tren que va de Danang a Hué.

Maira se dio por satisfecha con el informe. Como de costumbre, estaban en el camino de un gran negocio.

—Vamos a ver a las chicas —decidió.

Estaban las cuatro en un mismo camarote de lujo, mirando revistas, bebiendo *martinis* y empezando a preguntarse si al día siguiente el sol les permitiría tumbarse panza al aire en cubierta. Un equipo de «hi-fi»

desgranaba una pieza de Elvis, pero en modo alguno se les permitía oír la radio ni alcanzar el equipo de televisión, que funcionaba hasta cincuenta millas de la costa.

Maira las contempló. La mirilla estaba perfectamente disimulada, de modo que ellas no podían notarlo. Decidió, al fin:

—La delgadita, esa que tiene pinta de colegiala. Me gustan las tímidas.

Wen abrió la puerta.

—Helen, sal.

La delgadita musitó:

—¿Qué pasa?

—Nada. Te van a hacer unas tomas.

Helen obedeció. Las demás fueron encerradas con llave. Un pasillo discretamente iluminado pareció conducirla hasta las entrañas del buque, cuyos motores roncaban a toda presión, aunque ya habían salido del límite de las aguas jurisdiccionales norteamericanas.

—Entra.

Lo primero que la chica vio fue una habitación muy bien acolchada. Con una cama. Con luces tenues. Y con Maira sentada en una silla, sin nada encima, mostrándole sus piernas completamente abiertas.

La viciosa mujer se señaló los senos.

—Pasa la lengua —dijo, sin preámbulos.

—¿Qué?

—Es necesario que sepas hacer fotos de todas clases, fotos de parejas. A ver, pasa la lengua.

—A mí me habían hablado de fotos de publicidad...

—¿Y qué clase de publicidad crees que hace ahora la gente, idiota? Vamos, demuestra que «eso» te sirve para algo más que para pegar sellos de correo. ¡Trabaja!

La chica obedeció. Después de todo, no era tan grave lo que le estaban pidiendo. Pasó la lengua por los pezones de Maira, que se estaban poniendo duros rápidamente.

Helen notó que estaba ante una lesbiana de clase superior. Pero siguió el juego con resignación, pensando que, después de todo, no pasaría nada serio. Ante el gesto de Maira, se puso de rodillas ante ella.

—¡Ahora, aquí! —exigió la dominante mujer.

—¿Dónde?

—¡Aquí!

El sitio era tan concreto que Helen se estremeció. No estaba dispuesta a aceptar papeles humillantes. Negó con la cabeza.

—No —dijo—, ahí no.

—¿Cómo que no? ¡Trabaja!

La chica negó otra vez, y fue a retirarse de una forma impulsiva. El latigazo le removió entonces hasta las entrañas.

No se había dado cuenta de que Wen estaba aún a su espalda, y de que había preparado un látigo de cola ancha y que no dejaba huella en la piel, pero enviaba a ésta una dolorosa descarga eléctrica. Helen asió las anchas rodillas de Maira, mientras gemía:

—¡No!

—¡Entonces, muévete! ¡Demuéstrame lo que sabes hacer, estúpida!

Otro latigazo la dobló de dolor, pero Helen aún no cedió. Hicieron falta dos terribles latigazos más para que la chica se humillara llorando.

Y se puso a «trabajar».

Pero lo hacía mal.

Maira no vibraba.

—¡Más arriba, estúpida!

—No... no sé hacerlo... No... ¡no puedo!

—A ti tendré que enseñarte más de una cosa, perra.

Y la sujetó brutalmente por el pelo para apartarle la cabeza de entre sus piernas, mientras la abofeteaba con todas sus fuerzas. La cabeza de Helen fue de un lado para otro, mientras gritaba de impotencia y de dolor. Pero eso fue muy poco, en comparación con lo que tenían preparado para ella.

De rodillas como estaba, alguien le había bajado las braguitas bruscamente, atacándola por detrás. El grito de Helen fue tan terrible que se oyó en todo el yate.

Nunca le habían hecho lo que le estaban haciendo.

Se retorció de dolor.

Con una larga mirada, imploró piedad a Maira, pero el rictus cruel de ésta indicaba lo que estaba disfrutando con el espectáculo. El enorme negro que estaba cabalgando a Helen apretó más.

Pero Helen, pese a su aspecto de colegiala tímida, era una chica que sabía luchar. La desesperación, al comprender lo que le esperaba en aquella travesía, le dio una fuerza que no había tenido nunca. Con todas sus fuerzas, arañó a Maira en su parte más sensible, en aquellos labios íntimos que tenía tan a su alcance, haciéndola aullar de dolor.

Maira gritó:

—¡Zorra!

Cayó hacia atrás, derribando la silla, mientras Helen seguía desgarrándola con las uñas. Los gritos de las dos mujeres se volvieron a oír en todo el buque. Las chicas que estaban prisioneras empezaron a aporrear la puerta.

El negro enorme no soltaba a Helen. Ésta chillaba cada vez más, pero logró desprenderse, en un espasmo. Con todas las fuerzas de su desesperación, se puso en pie y se lanzó de cabeza contra la puerta, intentando derribarla.

Ahora la que andaba a gatas era Maira. De su bajo vientre se desprendían gruesos hilos de sangre. Su rostro, casi siempre sofisticado, maquillado perfectamente, se había convertido en una máscara de odio y de horror.

—¡Acaba con ella! —barbotó—. ¡Maldito Wen, acaba con ella!

—¡No seas loca, Maira! ¡Puede valer treinta mil dólares!

—¿Valer? ¡La mujer que me ha hecho esto no vale nada! ¡Nada! ¡Acaba con ella, delante de las otras! ¡Quiero que lo vean! ¡Si hemos

de atravesar el Atlántico con todo ese ganado, quiero que al menos el ganado sea dócil!

Wen comprendió que con aquello iban a perder mucho dinero, pero él no era quién para oponerse a los deseos de la «señora». Con un hábil movimiento, enlazó a Helen por un tobillo, del modo que se enlaza a una res.

Y la arrastró brutalmente hacia la cubierta. Los gritos desesperados de Helen seguían estremeciendo el yate, mientras las otras aporreaban la puerta con todas sus fuerzas, dándose cuenta del infierno sin nombre en el que acababan de penetrar.

Helen tenía las manos ensangrentadas de tanto sujetarse a todos los salientes para no ser arrastrada, pero fue inútil. Era una piltrafa cuando llegó a cubierta, y, sin embargo, a ninguna de las hienas que formaban la tripulación les había parecido jamás tan bonita.

Las otras tres fueron arrastradas hasta allí. Iban atadas codo con codo, de manera que no podían huir. El último cabo de cuerda quedaba sujeto al palo de mesana.

Todas miraban, alucinadas, frente a sí. Les parecía estar viendo una película que nada tenía que ver con sus vidas. Aterradas, imposibilitadas hasta para pensar, sus ojos contemplaron, alucinados, aquella escena que para ellas —chicas ansiosas que habían esperado el triunfo— resultaba absolutamente increíble.

Vieron a Helen atada como una res.

Gimiendo y suplicando.

Vieron cómo era arrastrada por cubierta hasta que las junturas alquitranadas de las tablas le cubrieron el pecho de sangre.

Y entonces vino lo peor.

El negro había quedado antes a mitad de camino. Por lo tanto, fue el primero en tener el «privilegio» de atacar de nuevo. Pero esta vez Helen se sentía tan castigada que ya apenas notó el dolor.

Sus gritos se transformaron en una serie de gemidos espasmódicos.

El negro chillaba de placer.

Tardó una eternidad en terminar.

Y luego vino otro.

Y otro.

¡Y otro!

Helen no era más que un pingajo, cuando la arrojaron al agua,

todavía con la cuerda sujetándole el tobillo. Los tiburones, que seguían el yate en busca de los desperdicios, se lanzaron al ataque, en manada.

Se oyó un último, un patético, un desgarrador grito de Helen.

Maira, que era la que ahora sujetaba la cuerda, estuvo a punto de perderla, a causa del salvaje tirón. Al recuperarla, ni siquiera ella pudo evitar un murmullo de sorpresa.

—¡Qué precisión! —dijo, mostrando el extremo de la cuerda—. Mirad lo que queda, muchachos... ¡ya no pesa nada! ¡Han dejado el tobillo solamente!

CAPÍTULO V

El *Ulises* enfiló la ancha entrada de la bahía, bajo el puente Varrazzano. A lo lejos se distinguía la estatua de la Libertad, que ha hecho soñar a tantas generaciones de hombres, y más lejos aún, los rascacielos de Manhattan, donde tantos sueños han ido quedando muertos. Cerca de Staten Island, el pequeño puerto deportivo albergaba a yates de todo el mundo, que llegaban allí antes del invierno. En la punta de la proa, Maira contemplaba el panorama de la Battery con un gesto perezoso.

—Esto siempre me ha fascinado —dijo—. Es delicioso llegar por mar a Nueva York, aunque luego te asquee la ciudad por dentro.

Wen, a su lado, susurró:

—Sí... Las chicas acabaron comportándose bien, después de todo. Estaban aterradas. Creo que nunca una tripulación masculina ha disfrutado tanto.

—Hicieron todo lo que se les pidió —dijo Wen, con la mirada perdida, brillándole todavía los ojos de nostalgia por el placer ya pasado—. De todos modos, hay que ver lo que disfrutaste tú también. Maira.

—Cierto... Había una que trabajaba como una diosa. Resultó ser una artista.

Y lanzó una carcajada.

Cierto... Para la «señora» también había sido un viaje completo. Pensaba, con nostalgia, que nunca su sexo insaciable llegaría a disfrutar tanto como en aquella ocasión.

—Y encima —dijo Wen—, hemos hecho un gran negocio.

—Sí. Las armas vendidas. Las chicas vendidas.

—Y a un precio superior al calculado...

—No es extraño. En los últimos viajes, hemos observado, todos, que las chicas de primera categoría van más caras cada vez.

Contemplaron el espectáculo siempre viejo y siempre nuevo de

la Battery, que estaba cada vez más cerca. Wen, aunque era una pregunta cuya respuesta ya conocía, dijo en voz baja:

—¿Tú crees que a aquellas chicas se las acabarán comiendo?

—Es muy posible. Cuando en la corte de Amin se hayan cansado de ellas, las entregarán para ser asadas vivas en cualquier fiesta ritual.

Wen dijo con una helada sonrisa:

—La vieja África...

—Los blancos sólo han estado en ella un siglo —dijo Maira—, y encima con malas artes y con mala sombra. En un siglo no se puede anular lo que se ha aprendido a lo largo de veinte.

—Bueno... De momento, nos queda una magnífica temporada de descanso, Maira... Y, como siempre, hemos tenido la prudencia de no regresar nunca al puerto de donde salimos, para que no se nos pueda controlar. ¿Qué haremos hasta el próximo viaje?

—Ante todo, cambiar ese mascarón de proa.

Wen miró fijamente el adorno al que ella se refería. Era tan hermoso que hasta resultaba sobrecogedor. Causaba la impresión de que era una mujer desnuda de verdad la que sobresalía de la punta del yate, para flotar suavemente en el aire, a pocos pies por encima de las aguas. El mestizo, mezcla de americano y vietnamita, hizo un gesto de disgusto, mirando a la «señora».

—Es hermoso —dijo.

—Pero imprudente —susurró Maira.

—¿Por qué?

—Tú llegaste a enamorarte de esa mujer, Wen.

—Sí... —En los ojos del mestizo brilló una mirada entre triste y maligna—. La poseí a la fuerza docenas de veces, durante el viaje, y tal vez sí que llegué a quererla a mi modo. Pero, sin embargo, obedecí ciegamente tus órdenes, Maira, eso no puedes negarlo.

La mirada maligna flotó entonces en los ojos de la «señora».

—Te dije que la mataras con tus propias manos —susurró—. Y tú lo hiciste. La estrangulaste mientras la poseías. Fue hermoso.

—Sí.

—Nosotros estamos por encima de la moral, Wen, por encima de la ley. Todo está a nuestro favor, desde que en Estados Unidos apenas se aplica la pena de muerte. De la cárcel se acaba saliendo. Y además, nunca nos atrapan...

Rió quedamente. Se estaba divirtiendo, no cabía duda, pero en sus labios flotaba una débil línea de inquietud.

—Fue una tontería lo del mascarón de proa —dijo—. Una tontería que hicieses un molde con el cuerpo de la muerta, y luego lo fundieras en metal, encargando, al fin, a un artista que hiciese la reproducción en madera. Comprendo que es un recuerdo para ti, pero está tan bien hecha, que alguien la podría reconocer. No me gustó nada aquel tipo que se arrojó vestido al agua, en el puerto de Galveston, en Texas.

—Tonterías. Nada más hemos vuelto a saber de él.

—Pero están sucediendo cosas, y mi instinto me dice que hemos de extremar las precauciones. Quitaremos ese mascarón de proa, y lo sustituiremos por otro, antes del próximo viaje. Por cierto, en Nueva York no descansaremos, en contra de lo que tú piensas. Hemos de hablar con la gente de la CIA para que nos indique en qué sitios interesa que haya focos de tensión, para lo de la venta de armas, y para saber hasta qué punto sus servicios harán la vista gorda con nosotros. Por otra parte, habrá que ver cuántas chicas nuevas han seleccionado las agencias fotográficas.

—Los hombres de la CIA, que a veces nos sirven de intermediarios, no saben lo de las chicas —suspiró Wen.

—No. Y es interesante que no lo sepan nunca. Si conociesen todos los detalles, se volverían atrás.

Estaban ya llegando a las cercanías de Staten Island. Aquel yate que llegaba de los trópicos era como una estela de luz, entre la sucia neblina de la Lower Bay. Poco después, todos desembarcaban, y la tripulación recibía tres días de permiso. Maira y Wen tenían habitaciones reservadas en el New York Hilton —que no hay que confundir con el más modesto Statler Hilton— convirtiéndose en una opulenta pareja de negocios.

La tripulación se dispersó.

El enorme negro que había sido el primero en violar a Helen alquiló el coche más caro que pudo encontrar en la ciudad. Un precioso «Cadillac» de color rojo. Hubiese querido alquilar un «Rolls», pero los «Rolls» no se alquilan. Comió en un restaurante francés, se instaló en el Sheraton y buscó un *parking* cercano para su nuevo bólide.

Los *parkings* de Nueva York, incluso los de zonas elegantes, son

puntos generalmente siniestros, en cuanto llega la noche.

El negro, llamado Josiah, dejó su «Cadillac» en el segundo sótano. Fue a salir, mientras notaba con satisfacción que su poderosa musculatura se marcaba bajo el traje nuevo.

Oyó entonces la voz:

—Por favor...

Era una voz aterrada, leve.

Llegaba desde uno de los coches aparcados.

Josiah miró y pudo ver a la mujer. Era una mujer muy bonita, tan bonita que le produjo una conmoción. Pese a tener las luces de situación apagadas, y estar el coche en el lado más oscuro del *parking*, se palpaba su belleza.

Josiah se sintió halagado.

E inmediatamente pensó que la chica acabaría siendo suya.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Por favor, no hable tan alto.

—¿Qué pasa?

—No me atrevo a salir.

—¿Por qué?

—Estoy escondida aquí. Necesito que me ayude.

La chica sudaba de angustia. Josiah se dio cuenta de que ella pasaba por uno de los peores momentos de su vida.

—¿Alguien trata de atacarla? —musitó.

—Sí. Me ha seguido hasta aquí —bisbiseó la muchacha.

—¿Este coche es suyo?

—Me he escondido en él, que no es lo mismo.

—¿Quién la busca? ¿Un violador? ¿Un ladrón?

—Un asesino. Hace meses que me viene persiguiendo. He venido desde Texas hasta aquí sólo para huir de él, pero ha sido imposible. Por favor... ayúdeme.

Josiah sonrió con suficiencia. Quizá la chica estaba algo loca, pero no había duda de que su terror era auténtico. Y si el que la perseguía era un solo hombre, ese hombre, fuera quien fuese, estaba listo.

—¿Qué quiere de mí? —dijo el negro.

—Sólo que me acompañe hasta la salida. Es muy posible que no se atreva a atacar, si me ve con un hombre como usted. Esperará otra oportunidad.

—Peor para él, si no la espera —dijo suavemente Josiah—. ¿Puede decirme dónde vive usted?

—En el Sheraton.

—¡Magnífico! Yo vivo en el mismo sitio. Venga, la acompaño.

Y Josiah lanzó una risita.

Todo marchaba sobre ruedas.

Podía apostar doble contra sencillo a que, veinticuatro horas después, como máximo, la chica sería suya. Le gustara a ella o no.

—Vamos —dijo.

La tomó del brazo y la hizo salir.

Todo parecía vacío.

Y entonces oyeron aquel gruñido animal.

La chica se estremeció.

Era un gruñido profundo, que llegaba desde el fondo del *parking*.

Hasta el mismo Josiah pestañeó. Nunca había oído una cosa igual, excepto en el Zoo. Le costaba admitir que aquel gruñido hubiese brotado del fondo de una garganta humana.

Ella bisbiseó:

—Es... está allí...

Josiah volvió la cabeza.

Y entonces lo vio.

—Enorme, pese a estar encorvado.

Con la mirada terriblemente fija, tan fija como solo la tienen las fieras de la selva.

Sus manos eran garfios.

Avanzaba hacia allí.

Había surgido de detrás de los coches, como una maldición, como un gigantesco espectro. Josiah se dio cuenta, con asombro, de que incluso era mayor que él. Un verdadero monstruo.

El negro no llevaba armas, porque la «señora» se las tenía prohibidas en tierra, y especialmente en Nueva York. No quería líos con las autoridades. Pero Josiah contaba con su navaja de muelles.

La sacó.

Se produjo un siniestro chirrido cuando la lengua de acero salió disparada. Pero el gigante ni siquiera parpadeó.

Avanzaba gruñendo.

De sus ojos se desprendía un anticipado placer.

Parecía un tigre que ha encontrado su presa. Fue avanzando

poco a poco, mientras arqueaba las zarpas.

Josiah se lanzó.

La navaja rasgó el aire.

Era un experto, y sabía dónde tenía que atacar. La lengua de acero fue recta hacia el corazón de su enemigo, un enemigo lo bastante pesado para que no pudiera ladearse a tiempo.

Pero Josiah pestañeó de asombro y de horror al darse cuenta de que tenía frente a él a un auténtico tigre. El gigante saltó hacia atrás con una extraña facilidad, mientras lanzaba un nuevo gruñido.

El negro no cejó. Tenía que llevar la iniciativa o estaba perdido. Atacó de nuevo a fondo, y de nuevo falló mientras veía moverse ante él dos zarpas. Aquellas zarpas le sujetaron antes de que pudiera lanzar un grito.

Su brazo derecho fue roto en dos pedazos.

¡CRAC!

El sonido fue el de una caña seca. Josiah vio que la navaja salía despedida al aire y al mismo tiempo sintió tanto dolor que se doblaron sus rodillas, pero no tuvo fuerzas para gritar.

Su cerebro empezó a nublarse.

Notó que el monstruo le arrastraba.

Josiah tenía una fuerza de campeón, pero, de pronto, le parecía que no estaba en poder de un ser humano, sino en poder de una monstruosa máquina. Notó que lo arrastraban hacia un coche blanco, cuyo capó estaba alzado y con el motor al ralentí. Hasta entonces no había notado el ruido suave que producía.

Y entonces se dio cuenta de lo que iba a suceder.

Gimió de horror.

Intentó golpear con los pies a su enemigo, pero éste no pareció sentirlo. Lenta e inexorablemente, recordando cada vez más a una máquina, el gigante dobló el cuerpo de Josiah sobre el motor y le introdujo la mano derecha entre las aspas de la correa del ventilador, que estaba girando.

El grito estremeció aquel sótano.

La sangre saltó en todas direcciones, tiñendo de rojo el coche y las ropas del gigante. Pero éste no se inmutó. Sólo cuando la mano de Josiah estuvo completamente destrozada, se detuvo el motor porque el ralentí no tenía la suficiente fuerza para pulverizar los huesos de la muñeca.

Josiah había perdido el sentido.

Estaba soltando, por la espantosa herida, toda la sangre de su cuerpo.

El monstruo lo sujetó entonces por la nuca. Y le golpeó tan brutalmente la cabeza contra el parabrisas del coche que lo atravesó en seco. La cara negra de Josiah se transformó en una cara roja.

Luego le golpeó varias veces la cabeza contra la plancha, hasta dar la sensación de que el vehículo había chocado contra una pared, tan abollado estaba. Pero de la cabeza del que había sido un gigante de ébano, no quedaban más que los sesos desparramados y unos fragmentos de hueso.

Sólo entonces lo soltó.

Y en el *parking* volvió a oírse aquella risita lenta y silenciosa.

Poco a poco, el gigante giró sobre sí mismo.

Ahora tenía la muchacha a pocos pasos.

Ella había asistido al salvaje espectáculo como si fuera una estatua, como si no tuviera fuerza ni para respirar. Y ahora se encontraba apenas a unas yardas de Glompos, que engarfiaba las manos lentamente, en una especie de anticipado placer.

Irma retrocedió poco a poco también, mientras le parecía sentir el aliento de Glompos en su cara. Sus ojos se habían desencajado. Notó entonces que su espalda chocaba con el capó de un coche, impidiéndole retroceder.

La risita corrosiva de Glompos volvió a oírse.

El gigante se lanzó.

Sólo la agilidad felina de Irma pudo librarla de la primera acometida. Las zarpas cayeron sobre el capó mientras la muchacha saltaba materialmente por encima, mostrando sus maravillosas piernas. Cayó entre dos automóviles y se puso en pie de un salto mientras la sangre desprendida de las manos de Glompos impregnaba el aire.

Irma chilló. Pero nadie oyó su demanda de auxilio, en la espantosa soledad del *parking*.

Las manos fueron de nuevo hacia ella.

Y otra vez esquivó, pero aquel juego macabro no podía durar demasiado tiempo. Glompos la acorralaba, cortándole la salida. Todo el grácil cuerpo de Irma hubo de dar una vuelta de campana sobre otro de los coches para esquivar, por unas pulgadas, la última

acometida.

Corrió alocadamente.

Tropezó con una moto. La volcó por tierra. Era una pesada «Kawasaki» sobre la que Glompos cayó también, lanzando un gruñido. Pero la apartó de un salvaje puntapié, que hubiese roto la pierna de un hombre normal, y que a él no pareció afectarle. Siguió avanzando, aunque ya había perdido de vista a la muchacha. La penumbra parecía habérsela tragado.

Sin embargo, no podía estar lejos.

Tenía que estar agazapada entre los coches. Y, en efecto, la volvía a tener apenas a dos yardas de distancia.

Fue su respiración lo que guió al monstruo. Porque, en efecto, la respiración de Irma era un estertor. Otra vez Glompos avanzó con la pesadez de un tanque, mientras abollaba un coche de un puñetazo.

Las luces parecían vacilar. Una especie de claridad de panteón flotaba en el interior del *parking*.

Irma se lanzó entonces hacia adelante, hacia la salida. Con los ojos desencajados, corrió a toda velocidad de sus piernas. Parecía como si su corazón fuera a estallar. El monstruo saltó tras ella.

Irma miraba, como una obsesionada, la luz de la salida. Parecía contar febrilmente las yardas que la separaban de allí. Cinco yardas... ¡cuatro! ¡Tres!

Dio un último salto, un salto febril, ansioso, mientras de su garganta escapaba un grito.

Y entonces chocó con aquellos brazos.

Los dos potentes brazos que le cortaban el paso para siempre.

CAPÍTULO VI

Irma Donovan no pudo ni lanzar un gemido. Su corazón se paralizó unas décimas de segundo. Las piernas se negaron a sostenerla y, de pronto, vaciló a punto de caer, sin fuerzas para seguir huyendo.

La voz opaca pareció resonar directamente en su cerebro.

—Quieta, Irma.

La sangre volvió a su rostro. Aunque en el primer momento le pareció estar soñando, había reconocido la voz de Marlon. Éste la apartó suavemente, mientras añadía en su susurro:

—Sigue andando y ve hacia la salida. No quiero que corras ningún peligro. Más arriba hay dos agentes que se ocuparán de ti.

Irma fue a obedecer, pero, de pronto, se detuvo. Su cuerpo se inclinó hacia adelante como si fuese a caer. Movi6 negativamente la cabeza.

—No... no puedo —balbució—. No sé qué me pasa... Soy incapaz de andar.

—Claro que sabes lo que te pasa. Tienes los nervios deshechos. Quédate quieta ahí y no hagas nada. Veas lo que veas, y oigas lo que oigas, estate quieta, por favor. Quieta...

El musculoso cuerpo del detective se deslizó un poco hacia la izquierda. En su derecha descansaba una «Baretta» que no era reglamentaria, pero que resultaba temible, por su gran rapidez de tiro. Con ella hizo un movimiento de abanico, apuntando a todos los rincones de la penumbra.

Pero lo curioso era que no podía disparar contra nadie. De repente, el enorme *parking* parecía vacío del todo. Nadie se movía, nadie respiraba. Daba la sensación de que un monstruo como Glompos jamás había entrado allí.

Irma susurró:

—Por favor, no entres...

—¿Por qué?

—Seguro que está escondido entre los coches...

La chica tenía razón. Si Marlon entraba, se exponía a caer en una trampa mortífera. Cualquier hombre hubiera sentido un escalofrío, al pensar en lo que podían hacer las zarpas de Glompos, atrapándole por la espalda.

Pero Marlon dominó aquel sentimiento. Fue a avanzar unos pasos. Le detuvo entonces la mano temblorosa de Irma:

—No... no me dejes sola.

—Si no encuentro ahora a ese asesino, logrará escapar otra vez, Irma. De las tres salidas del *parking*, sólo están vigiladas dos.

—Pero es que si tú te vas al otro lado, y él aparece y me ataca yo... yo...

No hacía falta que hablase más. El horror la dominaba. Y Marlon comprendió tan perfectamente sus sentimientos que musitó:

—No puedo exponerme a eso. Pediré refuerzos.

La tomó por un brazo, la condujo hacia las escaleras, mal iluminadas, y ascendieron. Marlon siguió apuntando con su «Baretta» hacia abajo, pero era como si apuntase hacia algún ignorado rincón del infierno. No se oía ni un susurro en aquel inmenso recinto, como si los hombres no lo hubieran pisado jamás.

Cuando llegaron a la parte superior, junto a la rampa por la que descendían los coches, vieron a dos hombres de la Metropolitana. Estaban allí, con las manos sobre los revólveres, atentos a cualquier sonido.

Uno de ellos vio a Marlon. Masculló:

—¿Qué ha pasado abajo?

—Una carnicería. Al menos, hay un hombre que está prácticamente despedazado —contestó el detective.

—¡Maldita sea! ¡Entonces hay que pedir refuerzos! ¡No tenemos controladas todas las salidas!

—Lo haré yo —dijo Marlon—. Mientras tanto, cuiden de esta mujer. No la pierdan ni un segundo de vista. El asesino viene por ella.

Se acercó al teléfono que había en una de las garitas de cobro del *parking*. Marcó el número de la Brigada de Homicidios de Nueva York, que conocía muy bien. Pidió que le pusieran con la extensión número 20.

Le contestó la voz del teniente Harrison, de la Brigada de Homicidios de Houston, Texas. Harrison había obtenido una licencia especial para poder actuar en Nueva York, del mismo modo que Marlon, tronado detective del sur, había necesitado otra licencia de alcance limitado para poder moverse como detective entre los rascacielos de Manhattan. Pero el resultado era que los dos hombres se entendían con pocas palabras, sabían lo que querían, y tenían sobre Glompos unos conocimientos que la Metropolitana de Nueva York aún no podía tener. Sin embargo, eso les estaba sirviendo de bien poca cosa.

Harrison gruñó:

—¿Ha estado siguiendo a esa chica, Marlon?

—Sí, porque ella nos llevará a Glompos. Ese monstruo está obsesionado con la idea de matarla.

—¿Y... la ha atacado?

—Por poco no llego a tiempo, Harrison.

—¿Es que Glompos está ahí?

—Estaba, hace unos momentos. Necesito al menos dos patrulleros para controlar todas las salidas del *parking* que hay frente al Sheraton, aunque no sé si llegaremos a tiempo. Glompos se escurre como una anguila pese al tamaño que tiene. Acabará volviéndome loco. No entiendo cómo lo logra.

—Hay mil cosas que no se entienden, Marlon, podrido. Por ejemplo, cómo logró llegar a Texas y luego escabullirse de allí. Cómo consiguió volver a Nueva York, sin que le controlase nadie. ¡Es increíble! ¡En un tipo de su clase, eso no tiene sentido! ¡Y se mueve por Nueva York con más facilidad que nosotros! ¿Qué estamos persiguiendo, Marlon? ¿Un loco, que es un débil mental, o un diablo que es un verdadero genio?

Marlon movió la cabeza pesadamente.

—He visto sus informes médicos cien veces, teniente —dijo—. Una cosa, una sola cosa es segura: se trata de un débil mental.

—Pues entonces, ¿cómo infiernos se las arregla?

—El día que sepamos eso, tal vez lo sabremos todo, teniente, pero por ahora lo único seguro es que Irma Donovan ha estado a punto de morir. Glompos viene por ella. Está obsesionado con la idea de matarla, pero no es Irma la única que debe morir. Un hombre ha sido materialmente despedazado en ese *parking*.

—¿Quién?

—Un negro gigantesco, lo cual indica la fuerza terrible que tiene Glompos. Lo ha destrozado materialmente. Pero usted me está preguntando quién es el muerto y voy a contestarle. Es uno de los tripulantes del *Ulises*, el yate que zarpó de Galveston, y ahora está en Nueva York. Ese tipo figura en las pocas fotografías que han podido obtenerse de la tripulación. Lo cual indica que la gente del *Ulises* irá reventando y dejando perdidas de sangre las esquinas de esta cochina ciudad, hay que atrapar a Glompos, antes de que se ponga a vender por Manhattan la carne de sus víctimas.

Hubo un brusco silencio al otro lado del hilo. Muy poco después, se oyó la respiración entrecortada del teniente Harrison.

—Voy a enviarle esos patrulleros, Marlon, a ver si tenemos suerte y uno de ellos le atropella a usted y lo deja hecho una caca. Pero me temo que Glompos se habrá esfumado ya, cuando esos refuerzos lleguen.

—Yo hago algo más que creerlo, teniente. Estoy absolutamente seguro.

—¿Sabe, cochino «pesquisa»? A veces, tengo la sensación de estar viendo el infierno por un pequeño agujero. No sé qué pensar.

Marlon dijo:

—Pues no piense.

Y fue a colgar, pero en aquel momento la voz de Harrison gritó:

—¡Oiga!

—¿Qué ocurre?

—Es curioso, pero aquí, en la Brigada de Homicidios de Nueva York, hay alguien que asegura que puede resolver el caso.

Marlon hizo una mueca burlona, aunque el otro no podía verla.

—No me diga... —Gruñó socarronamente—. ¿Quién es?

—Un indio.

—¿Un qué? ¿Un piel roja?

—No, un indio de verdad, un indio de Bombay, que ha venido aquí a aprender nuestras tácticas de investigación. En plan de estudio, se ha tragado todo el expediente del caso Glompos. Y dice que todo está clarísimo.

—¿En qué se funda?

—En un proverbio oriental.

—¿Y qué dice ese proverbio?

—No sé. Algo de un mono y de un tigre.

—¡Pues qué bien! ¿Y qué más?

—Dice que Glompos es el tigre.

—Para eso no hace falta ser muy listo. No hace falta ni siquiera ser indio. Glompos no sólo es un tigre, sino también un gorila, un tiburón, una serpiente, un sapo y un hijo de la gran puta. Díganle al indio que se vaya a la mierda con sus proverbios, y que no me cabree más.

Definitivamente, colgó.

Pero le pasó una cosa extraña, al hacerlo.

De modo que un mono y un tigre... Y Glompos era el tigre... ¿Entonces, quién era el mono? ¿Y qué significaba todo eso?

Hizo un gesto para dejar de pensar, porque se dio cuenta de que no lo entendería nunca. Pero, curiosamente, no pudo olvidarlo.

Era una extraña sensación.

Era como si él también estuviese viendo, por un pequeño agujero, un pedacito del infierno.

Maira dijo, con un hilo de voz:

—Vuélvete.

La modelo obedeció.

Era una chica preciosa.

Apenas diecisiete años.

Una auténtica colegiala.

Pero compacta, llenita, suave y perfecta.

Se había escapado de su casa porque quería vivir.

Bueno, pues «viviría».

—Da vueltas por la habitación.

La muñeca lo hizo. Tenía unas piernas perfectas y largas, que los zapatos de alto tacón destacaban aún más. La pieza del «tanga» que le tapaba el pubis era tan mínima, que se le veía incluso el vello. Encima, sobre los senos cimbreados, no llevaba nada.

El fotógrafo tomó unas cuantas vistas y dijo:

—Una modelo perfecta. Se la puede contratar.

—Pero le falta experiencia, ¿no? —susurró Maira.

No quería poner las cosas demasiado fáciles. Tenía que dar la sensación de que le hacía un auténtico favor a la chica, al contratarla. Musitó a continuación:

—Tengo la sensación de que puedo equivocarme. No sé, no sé...

Con sus aires de gran dama, que no se decide a invertir en un negocio que puede ser ruinoso, dejó de mirar a la chica.

Y eso que le gustaba.

Su juventud la hacía vibrar.

Maira decidió que sería ella, y nadie más que ella, la que primero gozara de sus diecisiete años.

Wen, sentado a su lado, vestido como un *milord* y fingiendo la indiferencia de un verdadero comerciante, opinó:

—Yo la contrataría porque la chica vale, pero lo malo es que no podrá hacer ni un anuncio en todo el país. ¿Es verdad que se ha escapado de su casa?

—Por favor... —susurró la chica.

Había casi lágrimas en sus ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Maira, con falsa indiferencia.

—Ustedes son una gran agencia internacional... Sin duda encontrarán anuncios para mí, en otros lugares. Quiero trabajar para ser independiente y libre... No pienso volver a casa, ¿entienden? ¡No pienso volver a casa! Si ustedes no me contratan, buscaré otro sitio, pero estoy decidida a triunfar, a costa de lo que sea. ¡A costa de lo que sea...!

Wen rió lentamente.

—Bueno —dijo—, no hay que dramatizar. Maira, mi jefe, es una gran dama que tiene aún más corazón que dinero. Oye, Maira... ¿por qué no realizamos ese proyecto de la exposición flotante en las Antillas?

—¿Qué es eso? —preguntó el fotógrafo, que sabía perfectamente lo que era—. Puede que a mí me interese ir.

—Es un proyecto que tengo —dijo Maira—. Un proyecto que me seduce cada vez más, pero tiene el problema de que resulta caro. Pienso alquilar un yate para hacer toda la ruta de las Antillas, con cinco o seis chicas muy escogidas, que quieran iniciar una auténtica carrera internacional. A bordo se pueden hacer las tomas para anunciar una serie de productos, desde bebidas hasta tabaco, desde bañadores hasta bronceadores y perfumes. Si me confirman los contratos que ya tengo medio ultimados, valdría la pena hacer ese gasto.

Miró a la chica fijamente y dijo:

—Tú podrías servir.

La muñeca giró sobre sus altísimos tacones.

—¿De veras? ¿Me pueden contratar? ¿Y esas campañas publicitarias no serán para el territorio de los Estados Unidos?

—No, porque en caso contrario, nos prohibirían la exhibición de los *spots* —dijo Wen, con expresión de entendido—. Tú no puedes contratar, y la operación sería ilegal. Pero las compañías para las que pensamos trabajar son europeas, de modo que no hay problema.

Los ojos color miel de la muchacha brillaron de ilusión. Para ella, aquello significaba que estaba a punto de llegar a una meta largamente soñada. Casi besó a Maira, mientras susurraba:

—¡Oh, gracias! ¡Gracias...!

Maira le pasó la mano por las nalgas ansiosamente.

—¿Qué hace? —bisbiseó la chica.

—Nada... Sólo pensaba que tienes que adelgazar un poquito.

—No importa. Haré régimen.

—Sí, pero no demasiado —dijo Wen—. A la gente le gustan las modelos que no sean esqueletos. Oye, ¿no te han dicho nunca que te pareces a Ornella Mutti?

—Claro... Es mi orgullo. Todos mis amigos lo dicen.

Maira dio una palmada en los muslos de la chica, como dando por liquidado el asunto.

—Perfecto —dijo—. Como supongo que te está buscando la policía, te hospedaremos en el *Ulises*, el yate que he alquilado. Es magnífico y tiene todas las comodidades. Allí te irás acostumbrado para la travesía del Caribe.

La chica palmoteó de ilusión.

Le parecía verse ya en las páginas del *Stern* y el *París Match*. Y luego, ¿por qué no? el *Time*, cuando fuese mayor de edad. Y Hollywood. Y la fama. Y el dinero. Y todo lo que un cuerpo bonito puede conseguir en esta vida.

Mientras tanto, para hacer boca, un crucero por el Caribe. ¿No había hecho bien en largarse de su casa? ¿Quién demonios puede pedir más?

Wen dijo:

—Vístete. Nos acompañarás.

—Voy al vestuario —musitó ella.

—No. Aquí mismo. Tienes que eliminar la vergüenza. Hay que

tener desenvoltura.

—Es... está bien.

Se quitó la única pieza que llevaba. Un «tanga» tapa muy poco, pero parece mentira lo que una chica cambia sin él. Los ojos de Wen y los ojos de Maira brillaron quedamente pensando cosas muy similares, aunque Wen sabía que Maira iba a tener la exclusiva del «estreno». Por algo era la «señora», la dueña.

La chica se fue vistiendo, poco a poco. Era como una excitante *strip-tease*, al revés. Luego se fueron los tres, saliendo a la luminosidad de Madison Avenue, donde esperaba el «Mercedes». Maira lo hacía todo a lo grande, porque pensaba que para hacer las cosas en plan miserable, no vale la pena empezar. Y, además, los yates y los coches extranjeros siempre entusiasman a las chicas.

Y las chicas eran parte de su negocio.

El fotógrafo les vio marchar desde una de las ventanas. Luego chascó los dedos, mientras pensaba con satisfacción en lo que le esperaba. Cuatro chicas más como aquélla, y ya podrían emprender el viaje.

Y él iría en el *Ulises*.

Sería uno de los privilegiados.

¡Menuda fiesta!

Claro que algunas cosas empezaban a ir mal, como por ejemplo la muerte de uno de los tripulantes, que había aparecido medio despedazado en un *parking*. Aunque la policía no decía nada, se suponía que había tenido una pelea con una verdadera banda, puesto que un solo hombre no había podido dejarlo así. Pero eso poco importaba. Al fin y al cabo, era un cochino negro.

Recogió las cámaras, lo enfundó todo, y luego se dirigió al cuarto de baño. Quería lavarse un poco.

Encendió la luz. Entró.

Dejó la puerta abierta, puesto que, al fin y al cabo, estaba solo.

Y entonces oyó un brusco chasquido.

La puerta acababa de cerrarse.

El fotógrafo volvió la cabeza, sin saber lo que pasaba.

Y entonces lo vio.

La sangre se le heló en las venas.

Lanzó un murmullo apenas audible, mientras retrocedía poco a poco, sintiendo que las rodillas se le doblaban.

Porque el monstruo estaba allí.

Más enorme que nunca.

Lanzando, entre las luces de neón, una risita sardónica.

CAPÍTULO VII

El fotógrafo apenas pudo decir:

—Nooooo...

Glompos rió quedamente otra vez. Sus ojillos perrunos brillaban de una forma diabólica. Una de sus zarpas se adelantó y sujetó la cabeza del fotógrafo, haciéndola oscilar de un lado para otro.

—¿Tú cómo te llamas? —preguntó en un espantoso inglés, arrastrando las palabras.

—Richard...

—Muy bien, Richard. Tú coger guía telefónica.

—¿Para qué? ¿He de... he de llamar a alguien?

El monstruo no respondió. Sujetó mejor por el pelo a su víctima, y la arrastró materialmente por el suelo hasta el sitio donde estaba la guía de teléfonos. Dos volúmenes enormes medio llenaban una estantería.

—Tú tomar uno —dijo Glompos.

—¿Cuál?

—El que gustarte más. Por ejemplo, el que llevar teléfonos de funerarias.

Y lanzó otra risita, que helaba la sangre en las venas. Richard no tenía fuerzas ni para gritar. Además, sabía que era inútil, porque todas las paredes estaban acolchadas y aisladas. Les convenía así porque, a veces, en aquel mismo estudio, habían dado palizas terribles a chicas que se ponían difíciles. Todo estaba bien preparado, pero ahora aquella preparación se volvía contra él, como una máquina diabólica.

Tomó uno de los volúmenes, y notó que otra vez lo iban a arrastrar por el pelo hasta el cuarto de baño. El dolor fue irresistible. Lanzó un terrible alarido, que nadie oyó, mientras todo su cuerpo se contorsionaba.

Una vez de nuevo en el cuarto de baño, Glompos susurró:

—Tú meter guía telefónica en *water*. Empotrar bien.

—¿Pa... para qué?

—¡Obedece!

Richard era apenas un microbio al lado de aquel gigante, de modo que obedeció. El enorme volumen taponó completamente la taza, de modo que no podía ser evacuada el agua. Entonces el gigante le metió a la fuerza la cabeza en el recipiente que aún estaba vacío.

Y tiró de la cadena.

El agua empezó a llenar aquello.

Richard se convulsionó angustiosamente.

—¡Noooo! —aulló—. ¡No! ¡NOOOOO!

—Tú tener suerte —masculló el monstruo—. Yo no tener ganas de orinar. Ser agua limpia.

Pero el agua acaba con la vida de un hombre, por muy limpia que esté. Y su nivel empezó a subir, llegando hasta la nariz de Richard, cuando Glompos tiró de la cadena otra vez.

Se oyó un gorgoteo.

El fotógrafo intentó desesperadamente zafarse de la terrible presa, pero la fuerza sobrehumana de Glompos le mantenía la cabeza hundida en la taza. Y la agonía empezó a ser espantosa, porque el agua bajaba de nivel, aunque fuera un poco, pero mientras tanto la víctima oía el depósito que se estaba llenando de nuevo. Y en aquel sonido estaba su muerte.

Pateó al aire.

Pero fue inútil, no servía de nada.

Glompos tiró de la cadena otra vez.

Y ahora sí que el agua cubrió por completo la cara y la nariz de Richard. Pero el líquido había bajado de nivel, hasta permitirle respirar, cuando Richard aún no estaba muerto. La agonía se prolongó.

Empezó a suplicar.

Empezó a pedir perdón a Glompos, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. Prometió que daría los nombres de todos los elementos de la banda.

Pero a Glompos eso no pareció impresionarle demasiado, quizá porque los nombres ya los conocía. Tiró de la cadena otra vez, y mantuvo la cabeza de su víctima bajo el agua hasta que Richard se

ahogó por completo.

Sólo entonces orinó.

Lo hizo sobre la nuca del muerto.

El sentido salvaje de la muerte que había en Glompos se traslució en la risita que lanzó al salir. Sus ojillos pasearon por la habitación vacía, mientras una serie de sonidos inarticulados brotaban de su garganta.

Abrió la puerta para salir.

Y entonces la vio.

Casi tropezó con ella.

Irma Donovan estaba allí.

Iba a entrar en el estudio cuando el monstruo salía.

Y de la garganta de Glompos escapó una especie de alarido salvaje. Se abalanzó hacia ella.

Sus zarpas volaron hacia el cuello de la muchacha.

Una mujer menos ágil hubiera caído enseguida bajo aquellas garras, si se tiene en cuenta, además, que Glompos estaba a menos de dos yardas. Pero Irma Donovan demostró que, además de ser una mujer bonita, tenía la habilidad y la maestría de una verdadera judoca.

Pudo esquivar la acometida, en el último segundo.

Se lanzó de costado.

Glompos resbaló por la pared, lanzó un gruñido y vio, con ojos desencajados, cómo la chica se deslizaba escaleras abajo.

Irma no había gritado, pero sus músculos estaban tensos como los de una gacela.

Glompos la persiguió, pero ya Irma contaba con la ventaja de su rapidez. Saltaba los peldaños de la escalera de incendios de cuatro en cuatro, mientras que el monstruo era una especie de tanque. A pesar de que dio un salto felino, un auténtico salto de tigre, rabioso, no consiguió alcanzarla.

Llegó a rozarla.

De la garganta de la muchacha escapó un gemido.

Glompos rugió de rabia.

Las piernas de Irma Donovan resbalaron materialmente por las escaleras. Se desgarró las medias. Vio que el gigante se disponía a saltar otra vez.

Dio una vuelta sobre sí misma.

Pasó ante la puerta que daba acceso a la zona de almacenes y servicios. La puerta vibró.

Con los ojos desencajados, la muchacha siguió descendiendo. De pronto, todos los ruidos parecieron cesar en la escalera. El bloque de oficinas estaba casi vacío, y eso pareció aumentar la desesperación de Irma, porque allí nadie iba a poder ayudarla.

¿O sí?

Lo vio, de pronto. Casi chocó con él.

Marlon subía. Una pistola «Walther» descansaba en su derecha. Inmovilizó a Irma para que ella no siguiese cayendo, mientras susurraba, al ver sus ojos de horror.

—¿Quién?

Ella pudo balbucir apenas:

—Glompos.

—¿Dónde?

Los dientes de Marlon habían chirriado. Miró hacia arriba, donde, de pronto, todo era silencio. Daba, de repente, la sensación de que el enorme edificio estaba vacío, pese a que la ciudad vibraba unas yardas más abajo. Mirando aquellas escaleras vacías, daba la sensación de que nada era verdad. De que Irma Donovan era una alucinada.

—¿Dónde? —repitió Marlon.

—Más arriba...

Marlon se dio cuenta, por el silencio, de que los ascensores no funcionaban. Por lo tanto, Glompos había de estar, en efecto, más arriba. O el gigante huía hacia el tejado o se tropezaría con él.

Claro que nadie, en su sano juicio, hubiera deseado tropezarse con Glompos, pero Marlon empezó a subir. Oyó el ruido de sus propios pasos mientras Irma, con los nervios rotos, sollozaba un poco más abajo.

Marlon guardó la «Walther».

Quizá estaba loco, pero quería atrapar vivo a Glompos. Estaba convencido de que éste tenía cosas increíbles que decir, cosas ilógicas, pero que, sin embargo, encajaban en aquel rompecabezas. Porque allí había una niebla, pero entre la niebla empezaba Marlon a vislumbrar algunas sombras, y esas sombras le helaban la sangre en las venas.

Pero aquella niebla se fue espesando cada vez más en el cerebro

del detective. Porque Glompos no aparecía.

Marión subió hasta las puertas que daban acceso a la azotea y los cuartos de los ascensores, sin haberse tropezado con el gigante. Las puertas estaban intactas, lo cual significaba que Glompos no había huido por allí.

Quizá estaba oculto en una de las oficinas. Seguro que tenía que estar escondido en una de las oficinas.

—¿Pero, cuál?

Marlon examinó las puertas. Se dio cuenta de que ninguna de ellas estaba forzada. Y Glompos no hubiera podido pasar por ellas, si no forzándolas, porque su deficiencia mental y sus manazas de tigre le impedían tener el mínimo de habilidad que debe tener un cerrajero. Sólo en uno de los despachos, podía estar.

El único cuya puerta estaba entornada y se movía lentamente, a impulsos de la brisa.

Marlon entró allí, con la sensación de que el monstruo se iba a abalanzar sobre él, de un momento a otro. Aun así, no tocó la «Walther». Necesitaba, como fuera cazarle vivo para hacerle hablar.

Pero lo único que encontró fue a Richard ahogado en la taza del W.

C. El

espectáculo estremecedor hizo que, por un instante, se le nublara la vista.

Quizá aquel tipo había merecido morir así. Realmente, en los últimos actos de Glompos palpitaba una especie de justicia elemental, una especie de ley de la selva, pero que arrastraba en su fondo una oscura verdad. Tras la muerte del tipo que estaba allí ahogado, debían palpar tantas corrupciones, que Marlon no quiso ni pensar en ellas.

Lo esencial, sin embargo, era esto; Glompos no estaba allí. Y Marlon sintió un estremecimiento.

¿Qué pasaría si se hubiese escondido cuando él subía por las escaleras? Podía haber estado oculto, por ejemplo, en la caja de un ascensor que no funcionaba. ¿Y qué pasaría si luego el monstruo hubiese bajado poco a poco?

¡Pues pasaría que hubiese encontrado a Irma Donovan! ¡Irma, indefensa, y esperando allí!

Marlon sintió que su cabeza zumbaba. Bajó los peldaños de

cuatro en cuatro mientras volvía a empuñar la pistola. Porque el miedo que ahora sentía le estaba haciendo darse cuenta de una cosa en la que antes no quiso creer: que Irma Donovan empezaba a significar en su vida algo muy importante.

Hay cosas que un hombre no puede analizar, cosas que, de pronto, entran en su corazón y se quedan allí, cambiando una vida entera. E Irma era una de esas cosas.

Marión estuvo a punto de lanzar un grito, al darse cuenta de que sus temores se confirmaban. Porque en el lugar donde Irma hubiese debido esperarle... ¡no había nadie!

¡Glompos había tenido que pasar por allí! ¡La muchacha había desaparecido...!

Un sudor helado cubrió las facciones del detective. La sensación de que la muchacha, por su culpa, había muerto, le paralizó la sangre. Vaciló como si fuese a caer, mientras miraba las paredes, igual que un obsesionado.

Buscaba en ellas manchas de sangre.

Tenía la certeza de que Glompos había despedazado a Irma.

Sin embargo, todo estaba tranquilo, hundido en el silencio. Daba la sensación de que allí no había pasado nada. Y Marlon volvió a descender, mientras sentía latir sus pulsos violentamente.

Encontraría a Irma despedazada un poco más abajo.

¡Seguro!

Y entonces, oyó su voz:

—Estoy destrozada. Necesito beber algo fuerte, Marlon. Necesito algo que me ayude a mantenerme en pie o se me doblarán las piernas.

Al que casi se le doblaron las piernas fue a Marlon. Porque la muchacha, sana y salva, venía desde la entrada del edificio. Todo parecía normal allí, a lo largo de la calle, como si no hubiera ocurrido nada.

—Pero ¿dónde infiernos estabas? —musitó.

—No podía permanecer allí. Era... era muy peligroso.

—En eso tienes razón, Irma. Sólo he pensado en atrapar a Glompos, y me he olvidado de ti.

—He bajado porque pensaba que aquí... habría algún policía. Pero no hay nadie. Me sentía completamente aterrorizada, ¿sabes? No acierto a explicártelo. Pero necesitaba ponerme a lanzar gritos

en la calle o subir de nuevo para encontrarte... y he hecho esto último. Tengo la sensación de que me volveré loca.

—Quizá no debiste haber venido a Nueva York, Irma.

—Lo hice porque pensé que aquí estaría más protegida. Es decir, que... que al monstruo le costaría más encontrarme. En Houston y Galveston le iba a ser más fácil. Además, no imaginé siquiera que llegara a seguirme.

—Pues lo ha hecho. Y, a lo que parece, no te pierdes de vista.

—Tampoco tú me pierdes de vista a mí, Marlon.

—Afortunadamente —dijo él, con voz opaca.

La tomó de un brazo, salieron y atravesaron la calle. Su instinto le decía que iba a ser inútil tratar de atrapar a Glompos, y, por otra parte, no sentía la menor prisa por comunicar a la Brigada de Homicidios el crimen que acababa de descubrir. Al fin y al cabo, tampoco la Brigada de Homicidios les estaba ayudando demasiado, ni a él ni a Harrison.

Se sentaron en un bar que tenía licencia de licores. Irma bebió ávidamente un vaso de ron.

Al sentirse más calmada, pronunció una sola palabra:

—¿Glompos?

—No he podido dar con él.

—Pues es extraño. Me parece imposible que... que haya podido huir.

—Ese hombre tiene una inteligencia mínima y, sin embargo, se comporta como un hombre inteligentísimo, en ciertos momentos, Irma. No entiendo de qué manera combina las cosas.

—Yo tampoco puedo entenderlo...

—Por otra parte, es imposible vigilar un rascacielos entero. Tiene que haber alguna salida por la que Glompos ha podido huir.

—Pero hay cosas que no entiendo, Marlon. Cosas como ésta: ¿por qué la Policía Metropolitana no te presta ninguna ayuda? ¿Por qué, por ejemplo, un patrullero no venía detrás tuyo? ¡Cuatro hombres hubiesen podido vigilarlo todo!

—Harrison ha estropeado un poco las cosas —dijo Marlon pensativamente, tras beber un sorbo—. Con su orgullo de tejano, ha dicho que sólo él conocía las manías de Glompos y sólo él podía atraparlo. Eso le ha creado problemas con la Brigada de Homicidios de Nueva York, que le considera un intruso, y le ayuda sólo de una

forma relativa. Pero menos aún me ayuda a mí.

—¿Por qué?

—Yo sostengo que deben protegerte, que tú eres el verdadero objetivo de Glompos.

—Es cierto —dijo ella—. Desgraciadamente, las pruebas están claras.

—Y, desgraciadamente, los de la Brigada no lo ven así —suspiró Marlon—. Ellos patrullan la ciudad entera, pero no creen que tú seas la pista que lleva a Glompos. Por otra parte, les resultas incómoda. Hay que reconocer que eres muy escurridiza.

Ella musitó:

—En cambio, tú me encuentras siempre.

—Yo no tengo que obedecer órdenes de nadie, y eso me permite más flexibilidad de acción. Los jefes de la policía de aquí pierden la mitad de su tiempo en los despachos.

—Lo entiendo, Marlon. Y sé que tú eres realmente la única protección que tengo, en esta podrida ciudad.

A través del cristal, veían desfilar los enormes camiones que obstruyen las calles de Manhattan, ya que les está casi prohibido circular por las avenidas. Una atmósfera gris y plomiza lo llenaba todo. La luz casi blanca de Galveston, y el Caribe, parecía un sueño lejano.

—También hay una razón personal para eso —susurró él, sin mirarla.

—¿Una razón personal?... ¿Cuál es?

Marlon no contestó, pero quizá su mirada lo decía todo. Ella se sonrojó levemente, mientras volvía los ojos hacia la calle.

—Me marcharé de Nueva York —bisbiseó.

—¿Por qué?

—Sé que Glompos no cederá. Parece imposible, pero me sigue a todas partes, y sabe dónde estoy. Y acabará no fallando el golpe...

El detective apretó los puños.

Sabía que eso era verdad.

—¿Por qué no accedes a que la policía te meta en la cárcel? —preguntó.

—No puedo. Ya te lo expliqué. Aunque estoy de acuerdo en que allí me sentiría segura, tengo un trabajo, que quiero hacer bien. Sé que en la cárcel me convertiría en una especie de momia.

—¿Y crees que me voy a resignar a ese hecho? ¡Glompos te seguirá persiguiendo! ¡Para ese tigre, eres una especie de plato de caviar! ¡Parece como si te oliese! ¡Acabará contigo!

Se había puesto nervioso, mientras sujetaba la mano de la muchacha a través de la mesa. Pero los nervios no sirven de nada, cuando la muerte flota en el aire. Marlon lo comprendió al fin así, haciendo un gesto de impotencia.

Notó que la muchacha había palidecido.

—¿Por qué has dicho que Glompos es un tigre? ¿Por qué has pronunciado esa palabra? —preguntó Irma.

—No sé... Quizá no tiene sentido. Un agente indio, que está aprendiendo cosas aquí, lo llamó de esa manera.

—¿Por qué?

—Dijo una cosa absurda: que tenía el caso resuelto. Y que hay un proverbio indio que habla de un tigre y de un mono.

—¿Y dónde está ese agente indio?

—No lo sé. Por lo visto, estaba en el departamento donde metieron a Harrison, cuando llegó de Galveston.

—¿Y Harrison le hace caso?

—Harrison es testarudo y, además, un poco racista. Tengo la sensación de que lo ha enviado a hacer puñetas. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada... No tiene importancia. Quizá es el propio miedo que siento, ¿comprendes? Veo la muerte en cada detalle, en cada palabra.

Era lo mismo que le pasaba a Marlon, pero Marlon no tenía miedo por él. Tenía miedo por Irma. Mientras le estrechaba de nuevo la mano, susurró:

—Vas a cambiar de hotel. Tienes que hacer lo imposible para que Glompos pierda tu pista.

—Es que, en teoría, ya debía haberla perdido, Marlon. Cambio de hotel cada dos días... No entiendo lo que pasa.

—Yo te buscaré otro alojamiento, muñeca. Y esta vez, nadie te descubrirá.

La llevó a un hotel de Brooklyn, una especie de fortaleza, donde sólo parecían entrar los miembros de un cierto clan, y que estaba regentada por un chino. Había algo en aquel local que lo hacía misterioso, secreto, impenetrable. Marlon estaba seguro de que allí,

Glompos no lograría encontrarla.

Y después, Marlon fue a la Brigada de Homicidios.

Quería dar personalmente a Harrison la noticia del asesinato que acababa de descubrir en la oficina de Madison Avenue. Al fin y al cabo, no había demasiada prisa para que sacaran al muerto de la taza del «water».

Harrison lanzó una docena de maldiciones al saberlo. Y le bastó con que Marlon le describiese al muerto para empezar a buscar en un montón de fichas, donde al fin apareció. El muerto tenía que ser Richard Coy, un fotógrafo publicitario que parecía tener alguna relación con los negocios turbios de Maira.

Todo ligaba, en cierto modo. Empezaba a dibujarse una especie de círculo, en el que los detalles iban quedando encerrados unos tras otro, y en ese círculo aparecía también una verdad evidente: Glompos estaba matando a toda la gente de la organización de Maira. Pero ¿por qué?

¿Y por qué quería matar también a Irma? ¿Sólo porque ella fue testigo de cargo contra él, en un juicio?

¿O quizá Irma también formaba parte de la organización?

No, eso era absurdo.

Marlon sentía que le zumbaba la cabeza.

—Quizá a Glompos también le causaron algún mal esos oscuros traficantes del *Ulises* —dijo.

—Es una hipótesis de trabajo que he examinado —suspiró Harrison—. Desde luego, existe la posibilidad de que el *Ulises* se dedique al tráfico de armas y a la trata de blancas, pero no hemos podido probar nada de eso. Sin embargo, vamos a admitir que sea cierto. Me he encontrado con que, en el carácter de Glompos, dentro de esa especie de oscuridad mental en la que vive, hay un detalle constante.

—¿Cuál?

—No puede soportar que hagan daño a una mujer.

—¿Pues por qué, entonces, quiere matar a Irma?

—Ése es otro asunto. Me refiero a que no puede soportar que se haga daño a mujeres desvalidas. Quizá a las otras, a las atormentadoras, las odia. La prueba está en aquella sádica, vestida de cuero, a la que liquidó.

Marlon concentró sus pensamientos.

—Supongamos que Maira ha destrozado la vida de muchas mujeres —susurró—, y que Glompos ha podido enterarse de eso.

—Ello explicaría su actitud —dijo Harrison.

Marlon chascó dos dedos.

—Quisiera conocer otro detalle, teniente —dijo.

—¿Cuál?

—Ese indio.

—¿El de Bombay? ¿El que dijo que Glompos era un tigre, y que el caso estaba resuelto por medio de un proverbio?

—Sí.

—Bueno... Lo envié a tomar viento.

—¿Le dio más detalles de lo que pensaba?

Harrison le miró con dureza.

—Mierda. ¿Por qué le interesa, de repente, todo eso, «pesquisa»? ¿Qué clase de basura quiere hallar?

—Me interesa hablar con él —musitó Marlon—. Sólo eso.

—¿Es que cree en los proverbios?

—Ya no creo en nada. Sólo sé que me estoy volviendo loco. Y para un loco, es buena cualquier cosa que le lleve a cualquier parte.

Harrison hizo una mueca.

—De acuerdo, Marlon, pero voy a sentir, de verdad, no poder complacerle. Imposible hablar con aquel indio.

—¿Por qué?

—Mire.

Y le mostró unas fotos en las que se veía a un hombre muerto. Tenía el cuerpo casi partido por la mitad.

—Era éste —susurró—. Un camión lo arrolló anoche, en la parte sur de Manhattan. No, no fue un crimen... Un simple accidente de tráfico. Tome... ¿Quiere poner esa fotografía en su mesilla de noche como recuerdo?

Marlon no dijo una palabra.

Sintió que su cabeza se nublaba otra vez.

Se puso en pie, y fue al depósito de cadáveres, silenciosamente.

CAPÍTULO VIII

El hombre se detuvo en el fondo de la East Bay, cerca de los muelles donde atracan algunos yates de cierta envergadura. Dejó allí el taxi, y fue a pie entre grandes cajas de suministros y *docks* silenciosos, hacia unas luces cercanas, que distinguía perfectamente allí. Eran las luces del *Ulises*, que estaba listo para zarpar aquella misma noche.

Los de la tripulación habían sido concentrados antes de las once, y sólo dos hombres faltaban por llegar, ya que tenían que realizar gestiones de última hora. El que acababa de apearse del taxi era uno de ellos.

Avanzó, con un leve traspiés.

Quizá había bebido más de la cuenta.

Pero valía la pena despedirse de Nueva York con una buena borrachera.

Pasó ante una gran pila de cajas, a pocas yardas ya del embarcadero, cuando, de pronto, una especie de buitres se desplomó sobre él. Fue un golpe que pareció llegar del cielo o del fondo del infierno, no lo supo. El caso fue que un cuerpo musculoso, joven, completamente enfundado en un pantalón y un jersey negros, cayó sobre él, le aplicó una llave de kárate y lo inmovilizó en el suelo.

No fue sólo eso.

La punta de un machete mexicano se apoyó en la garganta del marino.

Y con los machetes mexicanos no se juega. Le vacían a un hombre el estómago, de un solo tajo. Y lo que hay debajo del estómago también.

Una voz helada preguntó:

—¿Cuántos sois en el *Ulises*?

—Primero quiero saber cuál fue... cuál fue el nombre que te dio tu puta madre —barbotó el marino.

—No tengo inconveniente en decírtelo, puesto que puede que pague la factura de tu entierro. Me llamo Marlon. Y ahora, contesta.

—No sé cuántos hombres hay.

—¿Está Maira a bordo?

—No lo sé.

—¿Y Wen?

—No lo sé.

Marlon sonrió siniestramente.

—Me he convertido en una especie de fiera solitaria —musitó—. Ningún policía sabe que estoy aquí, ni sabe lo que estoy haciendo. Por lo tanto, puedo obrar con entera libertad. Y lo primero que hace un hombre libre es dar una oportunidad, pero sólo una. O hablas o revientas... Sé demasiado bien para lo que sirve ese cochino yate, y no voy a tener piedad.

—No... no sé los hombres que hay allí. Pero estás loco si crees que...

Marlon no perdió más tiempo.

Era inútil dar nuevas oportunidades a aquel sucio asesino.

Le hundió el machete en la garganta, separando casi la cabeza del tronco.

Y luego avanzó, en silencio, hacia el yate, medio oculto entre las cajas que llegaban al mismo borde del muelle. Dentro, se oían voces y risas, puesto que, al fin y al cabo, las muchachas embarcadas allí creían estar a punto de partir para un crucero de placer.

La cabeza le zumbaba a Marlon.

No era por lo que acababa de hacer.

No era por la inminencia de la muerte ni por el olor a sangre, que parecía flotar en el aire.

Lo que le zumbaba en el fondo de los sesos era el viejo proverbio oriental, del que quiso hablar el indio muerto. Ahora ya lo conocía, en parte. Había pasado horas y horas en la gran biblioteca de la Calle 42, buscando en los viejos libros. Era una especie de acertijo.

Quizá muchas personas hubieran pensado que no tenía sentido.

Pero estaba allí, hincado en el cerebro de Marlon. Era un viejo texto que decía así: «Erase un tigre que iba por la selva, atacando y matando, y siempre le acompañaba un mono, que iba a pocos pasos delante suyo. Muchas veces el tigre pasaba hambre, pero jamás atacó al mono. ¿Por qué? ¿Por qué nunca el tigre atacó al mono?

¿Cuál era la razón?».

El libro oriental no daba la respuesta.

Pero Marlon creía saberla, y eso le estremecía. Comprendía que el indio muerto hubiese hablado, de tener la clave, aunque no llegó a darla.

«¿Por qué el tigre hambriento no se come al mono?».

Marlon llegó a la zona despejada. Sabía que iba a contar con la conformidad tácita de la policía de Nueva York, que haría la vista gorda sobre todo lo que ocurriese allí. Si Marlon seguía vivo al día siguiente, achacarían el hecho a «pistoleros desconocidos». Si moría, dirían que se trataba de un loco, al que no habían visto nunca.

El caso fue que Marlon no se planteó problemas. Para él había llegado el momento de matar o morir. Hay cosas que, por vía legal, no se pueden resolver, porque siempre faltan pruebas, y que sólo se arreglan con un baño de sangre.

Sabía también que él estaba loco. Pero no se arrepentía de estarlo.

El marino que estaba de guardia en la pasarela le vio avanzar. Hizo un gesto para que se detuviese, mientras llevaba la derecha al bulto mal disimulado que formaba el «Magnum», entre la camisa y el pantalón.

¡BANG!

Los ojos del centinela se desencajaron, mientras en mitad de ambos se marcaba un orificio color escarlata. Marlon no había perdido ni una fracción de segundo. Antes de que el otro sacara el arma, él tiró a matar.

Sabía que, después de eso, sus posibilidades iban a ser de uno contra treinta. Podía considerarse muerto, pero al menos se llevaría por delante a parte de aquella basura. Pasó en dos saltos a cubierta, mientras por el puente superior asomaba un hombre con un rifle.

Marlon sujetó la «Walther» con las dos manos.

Fue un gesto brutal e instantáneo.

¡BANG!

El que estaba arriba pareció tragarse el arma que se había echado a la cara. Babeó sangre, mientras hacía una extraña pirueta y caía al agua.

Por una escotilla apareció otro, con una metralleta.

Ya no se trataba de disimular.

Pero Marlon contaba con la ventaja de verle aparecer. Hizo fuego dos veces, mientras el otro asomaba la cabeza. Se la voló.

Lo que no pudo ver fue que otro tipo le apuntaba desde cubierta, con un rifle calibre 22. Lo tenía a su espalda, y Marlon no pudo ni sospecharlo siquiera. No pudo imaginar entonces que su aventura iba a ser ahogada en sangre, justo cuando acababa de empezarla. El rifle le apuntó a la nuca.

¡CRAC!

Marión se volvió, atónito, con la pistola empuñada, a tiempo de ver cómo su enemigo caía al agua, con una mueca de estupor clavada en la cara. Ésta se le había llenado de sangre. Una bala blindada, disparada desde el muelle, le había deshecho todo el pómulo.

Los ojos de Marlon giraron, como enloquecidos en sus órbitas.

No entendía aquello. Era incapaz de comprender quién había podido salvarle en aquel terrible momento. Pero cuando vio aquella leve silueta entre los *docks*, comprendió quién era.

El «mono» estaba allí.

Por lo visto, le había seguido hasta los muelles.

Y eso significaba que también tenía que estar el tigre.

Girando sobre sus tacones, incapaz ya de pensar más, Marlon saltó por una de las escotillas, justo a tiempo de ver que salía un mestizo medio amarillo, medio americano. Un tipo de ojos oblicuos, al cual reconoció inmediatamente.

¡Wen!

Marlon no perdió ni una décima de segundo. Aquel cerdo merecía una muerte menos limpia que la que da un pistoletazo. Mientras lanzaba un rugido, tendió el brazo armado con el machete mexicano.

Fue un golpe salvaje.

Pero también un golpe maestro.

La sangre saltó hasta el techo del corredor.

La cabeza de Wen casi quedó separada del tronco.

Pero Marlon no había terminado aún su macabra carrera de sangre. Vio que una chica muy joven salía aullando de uno de los camarotes, mientras un negro armado con una metralleta trataba de cortar el camino de avance de Marlon.

De pronto, el negro quedó blanco.

Tenía una desventaja.

Él no había visto aún a Marlon.

Marlon a él, sí.

Recibió la bala de la «Walther» en plena boca. Y cayó hacia atrás, lanzando borbotones rojos, mientras la chica chillaba, alucinada.

Marlon giró sobre sus tacones otra vez.

Ya no era un hombre, sino una fiera. De su boca entreabierta brotaban gruñidos. La muerte estaba en sus ojos.

Y fue entonces cuando vio a la hermosa mujer, que subía hacía cubierta por las escaleras. Gritó:

—¡Maira!

Maira, aterrada, intentaba huir. Iba semidesnuda, con unos «shorts» minúsculos, que marcaban sus opulentas piernas. Su pecho chocaba contra los adornos de caoba de la escalera. Sus ojos que también parecían alucinados, no miraban a ninguna parte.

Marlon fue tras ella.

Pero se dio cuenta de que ya no podría alcanzarla antes de que saltase al agua. Jadeando, subió a cubierta también. Pudo distinguir a Maira mientras se disponía a arrojarle a las frías aguas del Hudson.

Y entonces surgió aquella manaza, por un lado de la cubierta.

Aquella zarpa.

Surgió aquella cara inhumana.

Aquellos ojos demoníacos.

Maira apenas pudo balbucir:

—¡Glompos!

Y le disparó en plena cara la «Baretta» que llevaba en la derecha. La sangre de Glompos saltó mientras sus ojos se desencajaban.

Lanzó un rugido de bestia herida.

Pero no era aún una bestia muerta.

Mientras de un zarpazo le quitaba la pistola a Maira, la sujetó por el pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Sus dientes le desgarraron entonces el cuello como lo hubiera hecho un tigre.

Fue una escena alucinante.

El propio Marlon hubo de cerrar los ojos.

Oyó el rugido como si sonara dentro de su propio cráneo.

La sangre resbaló por el blanco pecho de Maira, mientras

Glompos le golpeaba rabiosamente la cabeza contra la barandilla. Se oyó el chasquido del cráneo al romperse, mientras la barandilla también saltaba. Pero Glompos no se calmó.

Sentía que se le iban las fuerzas.

Que su propia sangre le ahogaba.

Pero eso aumentó su rabia. Sujetando por los pies el cuerpo de Maira, lo volteó salvajemente antes de lanzarlo contra las ruedas del ancla, en las cuales la cabeza de la mujer se hizo pedazos. Luego Glompos aún avanzó para patearla.

Ya no pudo.

La bala estaba alojada en el fondo de sus vértebras.

Lanzando un último rugido, cayó.

Aplastó, con su peso, el cuerpo destrozado de Maira.

Marlon dejó caer entonces la «Walther» al agua.

No quedaba nadie con vida allí, excepto las chicas contratadas, que ya saldrían solas. Allá ellas. Marlon ya nada más tenía que hacer en el *Ulises*.

Descendió por la pasarela.

Se perdió en los *docks*, mientras aullaban, a lo lejos, las sirenas de la policía.

Y entonces se encontró frente a Irma Donovan.

La suave, la peligrosa, la felina Irma Donovan.

Marlon no se inmutó. La miró fijamente.

—Ya sé por qué nunca el tigre se comía al mono, pese a tenerlo tan a su alcance susurró.

—¿Por qué? —preguntó Irma.

—Porque, sin él, no hubiera podido cazar. Porque el tigre era ciego y el mono le servía de guía. Eso fue lo que hiciste tú con Glompos. Fingiendo que quería matarte, lo cual te permitía aparecer cerca de donde estaba él, lo guiabas hacia los sitios donde tenía que actuar. Entre los dos acabasteis salvajemente con toda esa basura. Pero ¿por qué? Él te arrojó ante mis ojos por aquella ventana, sabiendo que los toldos y el camión de abajo te impedirían sufrir daño. Así yo me tragaría que era verdad que trataba de matarte, ¿no?

—Realmente es verdad que me amenazó de muerte, después del juicio —musitó Irma, mientras se acercaba, sin miedo, a él—. Todos sabéis eso. Lo que no sabéis es que yo intercedí para que no fuese

condenado a muerte. Glompos lo supo, y en su corazón ingenuo guardó un buen recuerdo de mí. Cuando su fuga, en la que yo no tuve nada que ver, comprendí que podía convertirse en un terrible instrumento de la justicia, y por eso me puse en contacto con él. No fue nada difícil, puesto que él mismo me telefoneó, pidiéndome ayuda. Era la única persona cuyo nombre recordaba, en este país. Yo le apoyé en todo, yo le llevé a Texas, yo le hice volver a Nueva York, yo... Le llevaba a los sitios y le ayudaba luego a escapar mientras él fingía perseguirme.

—Entiendo —susurró Marlon—, él mató por ti, lo cual no debía resultarle nada difícil. Después de saber él lo que hacían en el *Ulises* con aquellas pobres chicas, su reacción no era difícil de prever. Pero tú, ¿por qué, Irma? ¿Por qué?

Ella bisbiseó con un hilo de voz:

—Mi hermana fue, una vez, una de esas chicas.

Y no dijo más. Se volvió de espaldas y se alejó poco a poco, pero sin huir. Luego dijo con voz ahogada:

—Ahora, denúnciame, Marlon. La policía está llegando. Puedes hacerlo.

Marlon no contestó. No necesitaba hacerlo. Su gesto fue más elocuente y sincero que todas las palabras.

Se alejó con Irma de allí. Los dos se perdieron en la noche.

En dirección contraria a aquélla por la que llegaba la policía.

—¿Y por qué no?

Con la policía, no tenían por qué saber nada.

Pero, en cambio, aún tenían que saber mucho, mucho uno del otro.

FIN

¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!

BISONTE
Serie Roja

BISONTE
Serie Azul

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

ASEGURE
SU
EJEMPLAR

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.

